

Al correr de la pluma. Confidencias epistolares de Valera a Clarín

Scribbling Down. Epistolary Confidences from Valera to Clarín

Jesús Rubio Jiménez
Universidad de Zaragoza

Antonio Deaño Gamallo
IES Dionisio Gamallo Fierros de Ribadeo (Lugo)

RESUMEN

Juan Valera y Leopoldo Alas, Clarín, mantuvieron una afectuosa correspondencia entre 1889 y 1901 en que falleció Clarín. Se editan aquí 22 cartas de Valera a Clarín, que permiten descubrir tanto el afecto que se profesaron como su intercambio de ideas acerca de la novela y el papel del escritor en la sociedad española.

Palabras Clave: Juan Valera; Leopoldo Alas; Clarín; cartas; novela realista española.

ABSTRACT

Juan Valera and Leopoldo Alas, Clarín, had a warm correspondence between 1889 and 1901, year in which Clarín died. 22 letters from Valera to Clarín are here edited. They allow discovering the affection they professed to each other as well as the exchange of ideas about the novel and the role of the writer in Spanish society.

Key words: Juan Valera; Leopoldo Alas; Clarín; Letters; Spanish realist novel.

La coincidencia cronológica de Juan Valera (1824-1905) y Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901), fue larga, comprende toda la vida de Clarín y la madurez y ancianidad de Valera, quien —aunque le pasaba más de veinte años—, le sobrevivió. Ambos fueron activos escritores de periódicos, además de sobresalientes narradores, lo que dio lugar con el correr de los años a una copiosa obra crítica de Clarín sobre los libros de don Juan y a que este —agudo observador del devenir literario— siguiera con interés el afianzamiento de Clarín como crítico o después como narrador, sobre todo desde la publicación de *La Regenta*. Por edad pertenecían a dos generaciones diferentes, por for-

mación e ideas sostenían puntos de vista distintos. No obstante, durante la última década de la vida de Clarín y ya entrando en la senectud don Juan, se produjo un acercamiento de posiciones que se manifiestan en sus declaraciones y en sus escritos que han sido ya objeto de acercamientos críticos.

Nos falta conocer mejor su trato directo —que fue escaso al vivir en lugares diferentes— o a través de su correspondencia, actividad a la que ambos eran tan dados. Sin embargo, su correspondencia nos es desconocida en gran parte hasta ahora. Nada sabemos de las cartas de Clarín a Valera pues no está localizado este epistolario (Alas, 2002-2009, XII)¹.

Respecto a las cartas remitidas por Valera a Clarín, la situación es diferente. El ingente esfuerzo llevado a cabo por Leonardo Romero Tobar (director), Enrique Asenjo Serrano y María Ángeles Ezama Gil para publicar el epistolario conocido de Valera ha dejado fuera este lote de cartas no por desconocimiento sino por la dificultad para acceder a él en los años en que se llevó a cabo su admirable investigación. El objetivo de nuestro trabajo es sumar estas cartas ahora a esa enorme obra, añadiendo una pequeña rama con algunas hojas más a tan frondoso árbol (Romero, Serrano y Ezama, 2002-2010).

De este epistolario se conoce tan solo lo que Dionisio Gamallo Fierros tuvo a bien publicar y fue bien poco. En 1944, mientras preparaba la edición del epistolario a Clarín en varios volúmenes para la Editora Nacional —un proyecto que finalmente se frustró— publicó una de estas cartas como un avance publicitario del trabajo que preparaba². Así han quedado las cosas hasta hoy en que damos a la luz estas 22 cartas que custodia el archivo de Dionisio Gamallo Fierros y que revelan una parte sustancial de su relación durante la última década de la vida de Clarín³.

De las muchas páginas críticas que Leopoldo Alas dedicó a Valera ha realizado un cuidado recuento Adolfo Sotelo quien no duda en afirmar que

¹ En este epistolario no se recoge ninguna carta de Clarín a Valera.

² Dionisio Gamallo Fierros incluyó tres cartas a Clarín de Campoamor, Zorrilla y Valera. Cfr. Gamallo Fierros, Dionisio (1944). «Las cartas inéditas del epistolario de Clarín», *La Estafeta Literaria*. 20 de marzo.

³ No todas las cartas son autógrafas de don Juan Valera, ya que cuando quedó casi ciego tuvo que valerse de un secretario para escribirlas. Las primeras cinco cartas son autógrafas, las restantes —a partir de finales de 1894— dictadas y don Juan se limitaba a firmarlas al final con su letra cada vez más titubeante. Algún pequeño detalle de su presentación deriva de ello: así el diferente uso de la abreviatura de usted: Valera, «Vd.», mientras que su secretario «V.»; o también alguna diferencia ortográfica.

Algunas cartas se encuentran incompletas o sin fecha. En cada caso aclararemos en nota estas circunstancias y su colocación dentro de la serie. En las menciones que hacemos a ellas en esta presentación se citan entre corchetes y con el número correspondiente, para evitar reiteraciones del texto que no sean indispensables.

En su transcripción hemos actualizado la acentuación y la puntuación. Criterios de transcripción: qe., aunqe., porqe. = que, aunque, porque; pa. = para. Los títulos o términos subrayados se transcriben en cursiva.

«Sin duda alguna don Juan Valera es, junto con Galdós, el escritor al que mayor número de referencias dedica Clarín en su labor crítica» (Sotelo, 2001: 123-141). Se interesó pronto por él y en *El Solfeo* ya reconocía su superioridad como crítico y destacaba su humor a la alemana, basado en una gran cultura cosmopolita. Clarín siguió la estela crítica de Valera con sumo interés, aunque fuera para disentir, pero consciente de su incomparable variedad de registros, que nacían de manera natural de sus excepcionales lecturas en varias lenguas y de una personalidad potente y singular (Bermejo Marcos, 1968; Ariza, 1988).

A la par fue reseñando sus obras narrativas o interesándose por sus ideas sobre diferentes asuntos a lo largo de los años, en particular su diferente manera de concebir la novela⁴. Aun así, Clarín no cejó nunca en su empeño de convencer a don Juan para que volviera a escribir novelas ya que *Pepita Jiménez* (1874) o *Doña Luz* (1879) siempre le resultaron novelas excelentes. Mucho escribió sobre la primera, considerando en *Solos de Clarín* que su *Luz* solamente se eclipsaba un tanto «ante la perla de las novelas españolas», que era la primera. Y cuando Clarín publicó *La Regenta* tuvo interés en que la recibiera el admirado maestro andaluz para conocer su autorizada opinión (Lissorgues, 2007: 425).

Si durante los años de la polémica sobre el naturalismo, Clarín «mostraba algunas reticencias sobre Valera, a partir de 1886, Sotelo constata «un aprecio casi sin reservas» de Clarín por Valera⁵. Y otro tanto cabe decir de Valera sobre él. Las cartas que aquí se recuperan corresponden a los años 1889

⁴ En una de sus cartas a Galdós no dudaba en considerarlo junto con Alarcón, el novelista más notable de la parte contraria a como ellos concebían la novela, pero igualmente necesarios. Véase, Soledad Ortega (1962: 220-221):

Creo que empieza demasiada gente a escribir novela y al pensar, de repente, que yo también voy a prevaricar me dan escalofríos. Hablando en secreto, creo firmemente que los únicos novelistas verdaderos son usted y Pereda y de la parte contraria Alarcón y Valera, cuando Dios quería. En rigor, Pereda y usted; y Pereda desde hace poco; pero si quiere puede llegar a hacer cosas muy completas; usted ha empezado haciéndolas así. Esto es mi opinión esotérica, que no les digo a los demás. Armando tiene muchas cualidades de novelista, pero le faltan otras y entre ellas y la salud necesaria para estudiar mucho, penetrar la vida, las ideas, dar valor interior a sus cuadros: sin esto se hacen cosas bonitas, pero no basta. Esto mirando las cosas desde muy arriba; ahora comparando a Armando con Picón, Navarrete, etc. me parece un águila; no sé si me cegará la pasión.

Ahora figúrese usted lo que me parecería de mí mismo. No me reconozco más condiciones que un poco de juicio y alguna observación para cierta clase de fenómenos sociales y psicológicos, algún que otro rasgo en lo cómico, un poco de escrúpulo en la gramática... y nada más. Me veo pesado, frío, desabrido... y en fin, ha sido una tontería meterme a escribir novelas. ¿Con qué cara voy a insultar en adelante a los demás?

⁵ Para un comentario de estas críticas hasta los años noventa, remitimos a Adolfo Sotelo (2001: 124).

a 1901, es decir, al periodo en que su relación fue más fluida y afín, prácticamente la última década de la vida de Clarín y la vejez de Valera, quien —aunque le sobrevivió—, lamenta en estas cartas constantemente su decaimiento físico sobre todo desde que quedó casi ciego, lo que le privaba de una de sus grandes pasiones: la lectura. La militancia naturalista de Clarín se había suavizado y su peculiar espiritualismo, de gran permeabilidad, necesariamente le acercaba a un espíritu tan curioso como era el de Valera, quien siempre anduvo pajareando por diferentes civilizaciones y con una muy especial sensibilidad por todo aquello que tuviera un toque de misterio y fantasía.

Además, Valera volvió a dejarse llevar durante aquellos años por su afición a escribir relatos y novelas con lo que Clarín tuvo ocasión de comentar desde una posición privilegiada las grandes obras narrativas de madurez de don Juan, quien —hábil y práctico—, le iba dando noticias por anticipado de sus trabajos, le enviaba de inmediato los ejemplares y Clarín —no menos ducho en el aprovechamiento de cuanto dato o información caía en sus manos—, le sacaba a todo ello rendimiento inmediato en sus críticas periodísticas. La profesionalidad de ambos en este aspecto es digna de destacarse. No se andaban con rodeos en sus peticiones: Valera conocía el prestigio social como crítico de que gozaba Clarín —lo reconoce directo en alguna carta [10]— y Clarín a su vez era consciente del magisterio de Valera como crítico y como novelista. Formaron un tándem, sumando intereses, que se pueden seguir en estas cartas con meridiana claridad. Ello no merma el interés de las apreciaciones literarias mutuas, pero las sitúa en el mercado posible en aquel momento.

El lote de cartas que editamos es limitado, pero revelador de estos intereses. La falta de las cartas correspondientes de Alas nos ha hecho optar por una presentación ceñida y anotada de las misivas de don Juan Valera, ya que era inútil intentar recomponer el diálogo de los dos escritores, basándonos solamente en suposiciones o en testimonios indirectos, aunque en las críticas de Clarín sobre libros de don Juan se precisan muchas circunstancias o la orientación y contenido de estas. Se puede, eso sí, realizar, un recuento de los temas más recurrentes, a la espera de que puedan aparecer nuevas cartas. Por ahora, solo nos llegan las confidencias de don Juan, pugnando por ser optimista aun en medio de su decaimiento físico. Su agudeza y ponderación, su pragmatismo y su viveza narrativa brillan en este epistolario.

En primer lugar, llama la atención constatar que no hacía mucho tiempo que se escribían y que no se conocían personalmente. Pudo ponerlos en contacto algún amigo común —Menéndez Pelayo, pongamos por caso— a finales de los años ochenta y empezó entonces su intercambio epistolar. De hecho, en la primera carta de la serie, Valera menciona esta circunstancia: «Ya usted debe conocer que, si bien no le trato ni le he visto en cuerpo y alma, me inspira por sus escritos grandísima simpatía» [1]. La afinidad de intereses intelectuales y materiales presidirá todo su intercambio epistolar en adelante.

En otras posteriores se referirá al gusto que tendría en charlar con él y con Marcelino Menéndez Pelayo en Madrid, si viniera a la capital y más aún si pudieran compartir tertulia en la Real Academia, lugar que estimaba adecuado para él y que atemperaría su *academifobia* [10].

Se apunta un posible encuentro con motivo de un viaje a Madrid de Alas en 1891 [4], pero fueron pocas en definitiva las veces en que coincidieron personalmente, quizás solamente cuando Clarín vino a Madrid en 1897 para dar un ciclo de conferencias sobre la «Espiritualidad moderna» en el Ateneo dentro de las actividades que promovió Segismundo Moret como presidente de la entidad en el marco de una Escuela de Estudios Superiores, cuya sección de Letras encabezaban Menéndez Pelayo y Valera. No parece que don Juan acudiera con todo a las conferencias, su ceguera y su mala salud lo retenían en su domicilio. Clarín visitó a Valera en su casa el 5 de noviembre en un encuentro sin duda muy emotivo para ambos y que el escritor asturiano narró unas semanas después en el *Heraldo de Madrid* (21 de enero de 1898):

No hace muchas semanas, visitaba yo a don Juan Valera en su despacho elegante, cómodo, de lujo severo... La verdad es que no puedo dar muchos pormenores, porque estaba aquello muy oscuro —iba a anochecer— y además yo, aunque naturalista en mis mocedades —y aun ahora, si llega el caso— no me fijó mucho en los muebles, y juzgo por la impresión general, cuando entro en casa ajena. Sin contar con que don Juan llamó toda mi atención desde el primer momento, y de la estancia en que me recibía, sólo, por observación soslayada, saqué imágenes borrosas. Ello es que allí había gusto, calor del que habla también a la vista, por las garantías que ofrecen pieles, paños, muebles que interceptan aires indiscretos; había blanduras para el tacto... y para los ojos también; y había otra porción de cosas buenas que yo vi mal... o que no vi; porque, por ejemplo, habría libros de fijo, y yo no los recuerdo.

Y ahora se me ocurre pensar... que acaso aquello no era el despacho... En fin, ni importa; don Juan era de fijo aquel; sí, el mismo de siempre. Algo más triste que años atrás; poco envejecido, de semblante sano... pero con la vista enferma. Para un gran lector como Valera, esta enfermedad es un suplicio. Él, que sabe la mayor parte de las lenguas vivas en que se escriben cosas dignas de leerse, ahora no puede aprovechar esta inmensa ventaja (Alas, 2002-2009, X: 70-71; Lissorgues, 2007: 845, 904-906).

Clarín aprovechó este palique para defenderlo de los ataques que recibía de algunos grafómanos —O'Reyles en *El Liberal*— por pertenecer a otro tiempo. Clarín deseaba por el contrario que su lámpara tuviera aceite para muchos años y así poder continuar beneficiándose de su literatura y de su saber que consideraba imprescindibles en el panorama literario español.

Los amigos comunes eran otro procedimiento para saber el uno del otro. Y en este epistolario destaca sobre todo Marcelino Menéndez Pelayo aludido una y otra vez como amigo [1, 4, 14, 15], yendo mucho más allá de su ineludible mención por su gran labor como crítico cuyos resultados reseñaba Clarín, en particular sus *Antologías* de la lírica española y de la poesía his-

panoamericana; esta última, en particular, dio lugar a algunos episodios divertidos que se comentan en las cartas [8, 10].

También servían de punto de encuentro personalidades como Campoamor, aunque dado el carácter privado de sus opiniones —escritas con sigilo, dirá—, don Juan no dejara de hacer algunos reparos a su obra [1, 3, 10]. También antipatías comunes les servían para delimitar sus espacios de encuentro, como sucede con la Pardo Bazán, de quien uno y otro se iban distanciando cada vez más [3, 5]. No siempre coincidían en sus apreciaciones: Valera se mostraba mucho más comprensivo con el P. Blanco García que Clarín quien tenía en él a una de sus bestias negras por cómo le había tratado en sus críticas [5]; por el contrario, Valera rechazaba de plano a Antonio de Valbuena por sus sátiras contra la Academia, mientras que Clarín las entendía mejor [2]⁶. Interesantes son, además, las cartas para conocer los juicios que le merecían en el ámbito privado las obras tanto de su corresponsal como las de otros escritores. Es una lástima no contar con los juicios privados que Clarín debió incluir en las suyas sobre escritores aludidos por don Juan: Grilo, Velarde, Ferrarí, Cavestany o el propio Campoamor, a quien ambos tenían en alta estima, pero a quien veían rozando la *cursilería* en ocasiones.

Don Juan en su vejez encontraba cada vez menos motivos para mantener vivo su inveterado optimismo, pero se aferraba a él: la literatura y la conversación amistosa eran dos de los alicientes fundamentales. No había perdido su intensa afición a la escritura —*scribendi cacoethes*, según su reiterada expresión latina— pero le molestaba la decadencia física y sobre todo la pérdida progresiva de visión. Temía la ceguera, pero de manera muy particular porque le impedía escribir y leer. Constantemente alude por ello en sus cartas [5, 9, 12, 15, 16, 22...]. Tristemente declina la invitación de Clarín a visitar Asturias: sería un viaje inútil por su ceguera [15].

Resulta curioso comprobar, con todo, que a pesar de su mayor edad y achaques, incluso con sus setenta años cumplidos, encuentre todavía fuerzas para animar a Clarín, siempre mucho más depresivo por su enfermedad crónica, tratando de hacerle comprender que con sus cincuenta años, está en su madurez y debe aprovecharla: «Aunque me dice usted que tiene ya 50 años y aunque de ello se queja, yo considero que está usted en lo mejor de la vida: en el otoño, que es la estación de los frutos sazonados, maduros y jugosos» [12].

Entre los asuntos literarios que atraviesan estas cartas, si hay uno constante, no es otro que su insistencia en trasladarle a Clarín con suma claridad

⁶ Una ponderada situación del personaje y sus críticas en Alonso Zamora Vicente (1999: 517-520). Durante años Clarín anduvo enfrentado a la Academia, lo que le valió críticas de Valera, quien escribía el 5 de mayo de 1883 a Menéndez Pelayo: «Veo que Clarín no se cura de sus tonterías. En su último «Palique» hay las más necias diatribas contra la Academia, que repruebo y lamento, aunque a nosotros nos salva, si bien en compañía del genio Campoamor» (Zamora Vicente, 1999: 523).

cómo veía la situación del escritor en España, tanto si era creador como si era crítico. El tema comparece en la carta primera de la serie y luego se reitera en otras [1, 10, 12]. Partía don Juan de evidencias como la escasez de lectores en España y en consecuencia la necesidad de cuidarlos. Por otro lado, el carácter cerrado del mundo literario y la inconveniencia de andar enfrentados unos con otros, ya que esto no suponía sino desventajas. Su conocido pragmatismo aflora una y otra vez. Y de aquí que a la vez que se esforzaba por mostrar los puntos de vista críticos comunes entre Leopoldo Alas y él, difiera en la manera de llevarlos a cabo en sus escritos periodísticos. Valera se veía a sí mismo como un crítico blando, apacible, melifluido y benevolente, mientras que a Alas lo consideraba —no sin razón—, un crítico satírico más dispuesto a la polémica: «Me parece que en punto a doctrina estamos muy de acuerdo, y esto hace sin duda que estemos bien avenidos. No nos diferenciamos en la ley sino en el modo de aplicarla. De aquí que lo único que nos echemos en cara es yo a usted la extremada dureza y usted a mí la extremada blandura» [1].

Explicaba su propensión al elogio más que a la crítica acerba por la necesidad de evitar enfrentamientos y aun por su propio escepticismo respecto al alcance de sus juicios [5]. Se aplicaba por ello una y otra vez a convencer a Clarín para que atenuara su severidad, aconsejándole mayor serenidad y que evitara juicios condenatorios [1, 5, 10]. Son ideas que mantuvo con firmeza hasta su última carta, donde concluía que «Apenas tenemos público. Nosotros mismos nos escribimos y nos leemos. Y esto tiene poco chiste» [22].

Después de todo, veía la profesión literaria como escasamente productiva y en particular la crítica literaria con la que ni se ganaba posición social ni prácticamente dinero, por lo que su recomendación era alcanzar un justo medio, entre la pasión literaria y la condescendencia que exigía la situación real del escritor en España: «A pesar de todo lo dicho no infiero yo que deba el crítico limitarse a tocar el bombo. Esto sería empalagosísimo e inaguantable. Conviene un justo medio harto difícil de hallar. En fin, el oficio de crítico es más arduo en España que en parte alguna» [12].

Es su conocido pragmatismo que impregna todo el epistolario; su innegable estima de Clarín no era desinteresada y esto se advierte bien en las referencias a asuntos profesionales. La pobreza acechaba y por tanto había que aplicarse a sacar el mejor rendimiento posible a la profesión literaria [12, 18], cuidando todos sus frentes (Botrel, 1970: 292-310).

Los editores y los directores o propietarios de publicaciones periódicas son por ello aludidos: Lázaro Galdiano y el conflictivo paso de Clarín por *La España Moderna* son mencionados en las primeras cartas, correspondientes al inicio de la revista donde ambos jugaron un papel notable, hasta que Alas chocó con el propietario [4]. Valera le sugiere asuntos para sus artículos a la vez que acota su territorio [1]. Cuando Ortega Munilla —hombre clave en *El Imparcial*—, intenta relanzar *Los Lunes* literarios es ocasión de estar atentos

[17]. Bernardo Rodríguez como propietario del *Madrid Cómico* —que Clarín dirige en ese momento—, es también aludido [18, 21]. La adecuada distancia de otros como la Sra. Rattazzi es asunto destacable en otra misiva [8].

La propaganda de sus propios libros ocupa también un lugar importante y se manifiesta en el cuidado y la prontitud con que Valera le va poniendo al día a Clarín sobre sus escritos y sobre todo acerca de la aparición de los libros para que los comente. Suple así la desidia o el olvido de los editores sabedor de la importancia de que los libros se publiciten: Fernando Fe [22].

La siempre agradecida e inmediata respuesta a las críticas de Clarín sobre sus obras cuando las lee es otro signo de su habilidad, pragmatismo y hasta de buena educación. Es cierto que Clarín sabía valorar con justeza el alcance de sus libros, pero no lo es menos que don Juan preparaba cuidadosamente el terreno, dándole claves y orientando su lectura.

La importancia que Valera otorgaba a ganar lealtades se manifiesta también en cómo recomienda a Clarín a otros escritores y estudiosos pidiéndole que se pronuncie sobre sus libros. Recomienda y sabe agradecer. También en estos casos prepara el terreno con datos e impresiones en las que se detectan cómo querría que se orientaran las críticas: Estanislao Sánchez Calvo y su *Filosofía de lo maravilloso positivo* [1]; Estelrich y su *Antología de poetas líricos italianos* [1]; el *Catálogo razonado, biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano*, de Domingo García Peres [3, 4]; las traducciones de Leopardi de su familiar José Alcalá Galiano [4], o las de Virgilio realizadas por Luis Herrera [16, 17].

La figura y personalidad de Valera se imponían a Clarín con tal evidencia que no solo le animaba a seguir escribiendo, cultivando su *scribendi cacothés*, sino que esperaba atento sus nuevos libros o cuando ideó galerías de escritores significativos de su tiempo —como en su fallido proyecto de «Vivos y muertos»— siempre figura don Juan como una de las semblanzas ineludibles (Lissorgues, 2007: 597-598). No era un trato desinteresado, sino que era consciente de su influencia en los ámbitos críticos y académicos madrileños y, además, valoraba sus opiniones críticas, que buscaba para ver con mayor claridad su camino de narrador como hacía con las de otros escritores a quienes valoraba bien.

Durante los años de este epistolario, Clarín publicó sobre todo cuentos que Valera leía o le leyeron por su menguada visión. No dejó de enviarle sus valiosas apreciaciones sobre ellos a Alas. En algún caso queda en mero interrogante como cuando anuncia que ha recibido *Doña Berta* y le comunica que cuando la lea le transmitirá su juicio [5]. En otros, gracias a estas cartas conocemos cómo recibió los *Cuentos morales* [9] o *Las dos cajas* [21] de Clarín.

Mucho más iluminadoras, sin embargo, resultan las cartas para conocer de primera mano qué pensaba don Juan de sus últimas creaciones narrativas:

Juanita La Larga [8, 10, 11], *La buena fama* [8, 9], la inacabada *Elisa la Malagueña* [20], *Genio y Figura* [13, 14], *Morsamor* [12, 19, 20, 21]. También comparecen otras obras como su recopilación de artículos *A vuela pluma* [15], su traducción de *Dafnis y Cloe* [22] y los iluminadores comentarios sobre la autoría colectiva y el alcance de *Cuentos y chascarrillos andaluces* [11, 12]. En las notas, hemos tenido cuidado en nombrar los trabajos críticos que Clarín les dedicó y que en parte suplen las confidencias que debió ir haciéndole a don Juan en sus cartas.

En definitiva, estas cartas son unas pocas teselas más del inmenso mosaico que constituye el epistolario del escritor egrebenense, sin lugar a dudas uno de los más incitantes —si no el mayor— de aquel periodo, como correspondía a un personaje de excepcional cultura y de gran calidad humana.

CARTAS

1

Madrid 9 de Dbre. de 1889.

Sr. Dn. Leopoldo Alas.

Mi distinguido amigo:

Con mucho contento he recibido la amable carta de usted del 5. Ya usted debe conocer que, si bien no le trato ni le he visto en cuerpo y alma, me inspira por sus escritos grandísima simpatía.

Yo le estoy además profundamente agradecido por la benévola indulgencia con que me ha tratado siempre. Las alabanzas que usted tan generosamente me ha prodigado me lisonjean en extremo.

Me parece que en punto a doctrina estamos muy de acuerdo, y esto hace sin duda que estemos bien avenidos. No nos diferenciamos en la ley sino en el modo de aplicarla. De aquí que lo único que nos echemos en cara es yo a usted la extremada dureza y usted a mí la extremada blandura.

Diré en resumen cómo me disculpo, y por qué le culpo.

Si ya lo he dicho otras veces, no importa: lo repito ahora.

Valga primero, no como disculpa, sino como explicación, que soy blando, apacible, y ya viejo, y no quiero armar camorras. Las disculpas son 1^a. Que en España, por lo mismo que se leen pocos libros y se compran menos, es menester mimar a los escritores en vez de maltratarlos. ¿Qué peor trato que el desdén del público?

2^a. Que el círculo es pequeño, que nos conocemos, tratamos y visitamos todos, y es terrible destrozar a un prójimo a quien ve uno de diario, a quien

estrecha la mano, a quien recibe en casa y a quien tal vez sienta a su mesa. Y 3ª. Que lo malo en literatura no es menester que nadie lo mate: nace muerto, y, si goza de pronto de cierta popularidad, no tarda en ser olvidado y despreciado.

Por todo lo expuesto prefiero yo el elogio a la censura, y soy un crítico acaramelado.

Se escriben tantas tonterías que reconozco a veces, sobre todo cuando estoy de mal humor, que un crítico severo es o sería muy útil: pero su severidad debiera ser no más discreta y fundada que la de usted, sino más proporcional.

Aquí, en el seno de la confianza, y con el mayor sigilo, declaro que apenas he leído censura de usted que, poniéndome en un elevado punto de vista, no me parezca justa. Lo que desautoriza algo, a mis ojos, las sentencias condenatorias de usted, son ciertos encomios exagerados. De sobra conocerá usted que yo no soy entusiasta de Grilo⁷, ni tampoco de Velarde⁸, aunque Velarde vale más, y que yo soy muy amigo de Campoamor y por nada del mundo tiraría a desacreditarle como poeta: pero aquí, en el seno de la confianza, ¿por qué no declarar a usted que, después de hacer la vista gorda sobre las ñoñerías, el prosaísmo y los disparates de D. Ramón⁹, es cruel dar tanta paliza a Grilo y a Velarde y muy cruel aun a Ferrari¹⁰, que hace muy bonitos versos?

En fin, no quiero hablar más sobre esto. ¿Para qué hemos de enredarnos en una polémica clandestina o esotérica, cuando en el fondo estamos de acuerdo, y hasta en los juicios, lo doy por seguro? La diferencia está en que, como yo soy melifluido y encomiástico siempre, mis superiores encomios a algunos

⁷ Antonio Fernández Grilo (Córdoba, 1845-Madrid, 1906). Poeta español, que durante años compaginó el cultivo de la poesía con el periodismo en *El Contemporáneo*, *La Libertad* o *El Debate*. Poeta oficial de Alfonso XII, que lo pensionó. Llegó a la Real Academia en 1906.

⁸ José Velarde Yuste (Conil de la Frontera, Cádiz, 1848-Madrid, 1892). Poeta muy influido por Zorrilla y Núñez de Arce. Se dedicó al periodismo en *El Imparcial*, *La Iberia* o *Heraldo de Madrid*. Fue protegido por Alfonso XII.

⁹ Ramón de Campoamor (1817-1901). Poeta asturiano de gran éxito durante el siglo XIX. Fue uno de los buenos amigos de Clarín y Valera. Dirigió diferentes periódicos e ingresó en la Academia en 1862. Como crítico, véase la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 199-201). Valera mantuvo, no obstante, poco después con Campoamor una polémica, que dio lugar a sus artículos, «Sobre lo inútil de la metafísica y la poesía» [A D. Ramón de Campoamor] (*La España Moderna*. 1890, 13, pp. 129-152) y «La metafísica y la poesía: última réplica a Campoamor» (*La España Moderna*. 1890, 23, pp. 103-132). La polémica, incluyendo las respuestas de Campoamor en la propia revista, fue recogida en su libro *La metafísica y la poesía*, que agrupa tanto sus escritos como los de Campoamor al respecto (Madrid, Sáenz Jubera, 1891); recogidos en Valera (1961, II: 1624-1690).

¹⁰ Emilio Pérez Ferrari (Valladolid, 1850-1907). Doctor en Derecho y Filosofía y Letras. Perteneció al cuerpo de Archiveros. Poeta muy activo, fue uno de los blancos preferidos de las sátiras de Clarín. Véase, José María Martínez Cachero (1959, 1960 y 1983), y la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 352-356).

que en realidad los merecen parecen *bombos* menos estrepitosos que los de usted.

Sin perjuicio de escribir a usted otro día con más reposo y menos desorden que hoy, voy a contestar a el [*sic*] punto principal de su carta de usted.

El bueno o los buenos Lagarrigue, porque son dos hermanos, serán todo lo *mateodes*¹¹ que usted quiera, pero son tan buenos y tan santos, a su modo, que les he tomado cariño, y al cabo lo mismo da dirigirme a ellos que a otros señores más listos para decir una multitud de cosas que se me ocurre decir sobre el propósito de sacar metafísica nueva, de la que suponen metafísica muerta y enterrada por las ciencias empíricas¹².

Al cumplir este propósito, he hablado ya y seguiré hablando en *La España Moderna* del libro del Sr. E. S. Calvo, que me parece ingenioso, discreto y lleno de doctrina y noticias. Entiéndase que yo soy de muy distinta opinión del Sr. S. Calvo pero reconozco y reconoceré su mérito¹³.

Creo que diré bastante de su *filosofía de lo maravilloso positivo*, y que, lo confieso, me alegraría acotar para mí el asunto en *La España Moderna*; pero, en otros periódicos, lejos de que mi *coto* se extienda por donde quiera, lo que yo deseo es que hablen muchos críticos en elogio del libro y sobre todo usted que lo hará muy bien.

Escriba usted pues sobre el libro del Sr. S. Calvo, dejándome libre el asunto en *La España Moderna*, pues ya lo he empezado.

¹¹ Debe ser adaptación del término *mattoides*, palabra italiana que significa ‘alocado’. De *matto* o ‘chiflado’. En Alas (2002-2009, VII: 817), se documenta su uso por Clarín.

¹² Juan Valera se refirió a estos dos hermanos chilenos en los artículos «La Religión de la Humanidad» (Valera, Juan. «La Religión de la Humanidad», *La España Moderna*. 1889, 10, pp. 5-25; y Valera, Juan (1889). «La Religión de la Humanidad», *La España Moderna*. 1889, 11, pp. 49-67). Están dedicados a D. Juan Enrique Lagarrigue —el otro hermano se llamaba Jorge— y en ellos analiza algunos folletos de estos escritores que había recibido. Adopta el procedimiento epistolar y se dirige a Juan Enrique, relatando primero los folletos que le ha enviado desde Santiago de Chile —*Circular religiosa, Religión de la Humanidad*— y desde París le ha remitido Jorge *Lettre sur le positivisme*. Señala que también Emilia Pardo Bazán ha recibido otra carta de ellos sobre el mismo asunto. Don Juan Valera decide contestarles, criticando a su maestro Augusto Comte, cuyo sistema analiza a la vez que remite a los *Heterodoxos* de Menéndez Pelayo para un estudio más detenido. La tesis de Valera es que la mentalidad moderna no excluye, a pesar de todo, la religión o la teología y espera que ellos tampoco la excluyan. Valera aboga por una religión nueva en el futuro.

¹³ Estanislao Sánchez Calvo (1889), *Filosofía de lo maravilloso positivo*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe (edición moderna de 1997). Nacido en Avilés, fue también autor de *Los nombres de Dios* (1874). Véanse Valera, Juan. «La Religión de la Humanidad», *La España Moderna*. 1889, 10, pp. 5-25; y Valera, Juan. «La Religión de la Humanidad», *La España Moderna*. 1889, 11, pp. 49-67. Al final del segundo artículo menciona que acaba de recibir su libro sobre *Filosofía de lo maravilloso positivo*. Lo considera como un constructor también de metafísica, empeñado en descubrir lo incógnito, aunque partiendo del positivismo. Véanse, sobre las colaboraciones de Valera en *La España Moderna* en Leonardo Romero Tobar (2003).

En *El Imparcial* publicaré un artículo sobre la *Antología* de Estelrich. ¿Por qué no habla usted en *La España Moderna* de dicha *Antología*?¹⁴

Usted leerá mi artículo y estoy seguro que de lo que yo dejo en el tintero y de lo que indico apenas y mal, puede usted escribir un precioso artículo para la Revista de Lázaro, y hacer un buen servicio a Estelrich, que es excelente sujeto, y amigo de nuestro Marcelino.

Si tardo algo en dar a luz el tercer artículo *La religión de la humanidad* no lo extrañe; estoy abrumado de quehaceres¹⁵.

Basta por hoy y disculpe lo emborronado y precipitado de mi carta.
Soy de usted afmo. amigo

Juan Valera

2

...dificultad es menor aún¹⁶.

No necesita nadie de un Bardón (?) para vencerla¹⁷. En cuanto a las palabras, que vienen del árabe, el diccionario de Engelman, corregido y aumentado por Dozy, trae cuanto es menester¹⁸. Entiendo por lo tanto, que en las etimologías no es posible que haya errores, a no ser en algunas palabras muy raras y muy exclusivas de nuestro idioma, como algunas palabras de origen vasco. Hasta las palabras gitanas están en otras lenguas y su etimología es sabida y resabida. *Camelo* y *camelar*, por ejemplo, con poca diferencia de pronunciación, y *churí*, *cocal* y *chuquel*, corren lo mismo en Inglaterra y en Rusia, que en España, y hasta en los Estados Unidos, donde también hay gitanos.

¹⁴ Juan Luis Estelrich y Perelló (1856-1923), escritor, poeta, crítico literario y traductor nacido en Mallorca. Fue catedrático de enseñanza media en los institutos de Soria, Cádiz y Mallorca. Compañero de Marcelino Menéndez Pelayo, mantuvo correspondencia con él y con Valera o Manuel Milá y Fontanals. Se refiere a su *Antología de poetas líricos italianos traducidos al castellano (1200-1889), ordenada, anotada y en parte traducida por...*, publicada en Palma de Mallorca por la Escuela Tipográfica Provincial en 1889 (2 vols). Valera reseñó el libro en «Antología de poetas líricos italianos» (Valera, 1961, II: 791-794). Véase la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 331-334), y María de las Nieves Muñiz Muñiz (1996: 95-110).

¹⁵ Quedó finalmente este artículo sin publicarse.

¹⁶ Esta carta autógrafa se encuentra incompleta. El encabezamiento de lo conservado indica que es la página 7, faltan por lo tanto otras seis anteriores con el grueso de su argumentación y motivos. No es fácil precisar su fecha, ya que volvía de cuando en cuando sobre asuntos lingüísticos, así en su «Revista mínima», *La Publicidad*. 22-IV-1892 (Alas, 2002-2009, VIII: 720-724). Pero un tiempo antes, como se ve enseguida, ya había dedicado a estos asuntos varios escritos, de los que parece hacerse eco Valera en esta carta y por ello la situamos en 1890.

¹⁷ Podría referirse a Lázaro Bardón Gómez, sacerdote y prestigioso helenista que fue catedrático de la Universidad Central.

¹⁸ Véase Dozy y Engelmann (1869).

Fuera de esto, y aunque el Diccionario etimológico pudo hacerse con erudición de segunda mano, y segura, me consta que ha habido crítica y esmero y cuidado, y que el Padre Fita, Dn. Eduardo de Saavedra, y otros, que saben lo que basta de lingüística y de lenguas, han trabajado en ello¹⁹.

Como estoy ausente, ni siquiera he visto el Diccionario: pero así a ojo de buen cubero, y por estas razones a priori, no puedo persuadirme de que está mal aunque lo diga ese Sr. Villanueva o como se llame. Todos los mejores diccionarios ingleses, franceses, italianos, alemanes, latinos, clásicos y de media e ínfima latinidad, griega, etc., etc., las Academias de Madrid, todas, las de las Repúblicas hispano-americanas, que han mirado un enjambre de papeletas, los veinte y tantos Académicos correspondientes que también han mirado papeletas, desde Calpe a Deva, y algunos aficionados además, han trabajado en la última edición del Diccionario. El Secretario de la Academia se llama Manuel Tamayo²⁰ y no pasa por tonto, y es quien coordinaba todos estos elementos. Ahora bien, ¿es dable creer que tanto señor notable ha concurrido solo a formar un esperpento, mercedor solo de ser entregado al brazo secular del Sr. Venancio González o como se llame?²¹.

Pero veo que escribo una carta interminable. Baste por hoy. Escriba usted otros folletos, no menos graciosos, si bien menos duros contra las Academias, y créame agradecidísimo de los elogios que usted tan generosamente me prodiga, aunque lo soy, a par que amigo afmo. y s. s. q. b. s. m.

Juan Valera.

¹⁹ Fidel Fita (Arenys de Mar, 1835-Madrid, 1918), jesuita, profesor de Sagrada Escritura y de lenguas orientales. Realizó una ingente labor paleográfica y fue académico de la Historia. Véase J. M. Abascal (1999).

Eduardo Saavedra y Moragas (Tarragona, 1829-Madrid, 1912), ingeniero, arquitecto, arqueólogo y arabista español. Fue miembro de las Academias de la Historia, Ciencias y Lengua. Véase, Juan Mañas Martínez (1983).

²⁰ Manuel Tamayo y Baus (Madrid 1829-1898): dramaturgo español de gran éxito, autor de uno de los dramas fundamentales del siglo: *Un drama nuevo* (1867). En 1858 ingresó en la Academia Española, siendo secretario de la misma desde 1874. Director de la Biblioteca Nacional en 1884. Sobre sus fundamentos teóricos, véase la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 814-816).

²¹ *Venancio González* era seudónimo de Antonio de Valbuena (León, 1844-Madrid, 1929) en sus colaboraciones de *El Siglo Futuro*. Se refieren al Diccionario de la Academia. En algunos paliques Clarín hizo comentarios sobre el Diccionario y Valbuena; la carta puede referirse a ellos: «Paliq», *Madrid Cómico*, 14-VI-1890 (Alas, 2002-2009, VII: 1050-1053). «Paliq», *Madrid Cómico*, 21-VI-1890 (Alas, 2002-2009, VII: 1054-1057). «Paliq», *Madrid Cómico*, 28-VI-1890 (Alas, 2002-2009, VII: 1057-1059). Estos paliques tratan sobre *Motivos Académicos* de Valbuena.

Entre las críticas y comentarios, en el último se lee esta defensa de Valera: «Tampoco estoy conforme con que a Valera se le diga que es prosista pasaderillo. Valera es un prosista excelente y escribe mucho mejor que Doña Emilia Pardo Bazán y que Tejado» (Alas, 2002-2009, VII: 1055).

3

Madrid 7 de Marzo 1891.

Sr. Dn. Leopoldo Alas.

Mi distinguido amigo: Doy a usted gracias por el benigno artículo de *La Correspondencia* en que tan bien nos trata a Campoamor y a mí²².

Crea usted que, si tengo tiempo y humor, no dejaré de cumplir la promesa de escribir extensamente sobre la filosofía de lo positivo maravilloso.

Ya usted sabrá que Dn. Domingo García Peres, un amigo mío de Setúbal, ha hecho un libro muy interesante y erudito, que en parte se nos debe a Marcelino y a mí que le excitamos a que lo escribiese, hará 8 o 10 años, cuando yo fui M[inis]tro en Lisboa y Marcelino estuvo a visitarme²³. Con permiso del autor haré que Marcelino envíe a usted un ejemplar, y le ruego que escriba sobre el libro, que es curiosísimo, un artículo extenso, y *ça va sans dire* que bueno, como usted sabe, y encomiástico, como García Peres merece.

Yo apenas he dicho la décima parte de lo que sobre el libro puede decirse, y D^a Emilia, dicho sea inter nos, apenas ha hecho nada.

El *Catálogo razonado* y algunos cuentos en prosa que tiene en cartera²⁴. Veremos si encuentra editor que lo haga y los pague algo, cosas harto difíciles.

¿Ha leído usted la agradable historieta de D.^a Emilia, titulada *No lo invento*? Tengo 66 años muy recumplidos y juro que ignoraba que lo que D.^a Emilia no inventa hubiera sucedido o pudiera suceder en el mundo. Me he quedado turulado²⁵.

Adiós y créame su afmo. y buen amigo

J. Valera.

²² Ignoramos a qué artículo se refiere.

²³ Domingo García Peres, médico portugués formado en España, en Granada, donde tuvo como compañeros a los hermanos Fernández Guerra y como maestros a don Juan de Cueto y a don Baltasar Lirola, quienes lo aficionaron a la literatura española.

²⁴ Se refiere al *Catálogo razonado, biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano por Don Domingo García Pérez, Doctor en Medicina y Cirujía*, publicado en Madrid (1890).

Valera comentó este libro en «De los autores portugueses que escribieron en castellano», publicado en *La España Moderna*. Año III, enero de 1891, t. 25, pp.109-119 (en Valera, 1961, II: 826-830). Hizo una espléndida síntesis de la situación y carencias de la historia de la literatura en España, insistiendo en que debía escribirse estudiando sus relaciones con Alemania, Francia, Italia, Inglaterra o Portugal como se hacía en este libro. Este estudio fue informado favorablemente por la Real Academia de la Lengua y el gobierno español lo imprimió a sus expensas.

²⁵ Emilia Pardo Bazán, *No lo invento*, Madrid, 1890. Valera se hallaba enfrentado a la Pardo Bazán y escribió el folleto *Las mujeres y las academias. Cuestión social inocente*. Madrid: Fernando Fe, 1891, 50 pp., contra la pretensión de doña Emilia por ocupar un sillón en la Real Academia Española (en Valera, 1961, II: 856-867).

4

Madrid 15 de Marzo 1891.

Sr. Dn. Leopoldo Alas.

Mi distinguido amigo: Veo por la carta de usted del 9 que no había usted recibido el libro de García Peres, y lo extraño porque encargué a Marcelino que se lo remitiese y él quedó en hacerlo. Supongo y espero que al fin lo recibirá usted y, como tal libro es un arsenal de noticias, con algunos extractos que haga usted y con que ponga varias atinadas y amenas observaciones de su cosecha, enjaretará usted un artículo interesantísimo que, si no cabe en el *Madrid Cómico*, podrá ir en *El Imparcial* o en la *Revista de España*, ya que Lázaro y usted andan *rostrituertos*, como diría el culto, castizo y sabio Don Aureliano²⁶.

Menéndez, que anoche comió conmigo, y yo, que le di la nueva de que viene usted a esta coronada Villa, durante la Semana santa, nos alegramos de ello mucho²⁷.

Así echaremos algunos ratos de palique, y, como decía el Deán de Sigüenza, que buen poso haya y que me quería mucho, le sacaremos filos a la amistad.

Pepe Alcalá Galiano está aquí, deseoso de publicar sus poesías originales, y su traducción de Leopardi²⁸.

[...] *de autores portugueses que escribieron en castellano* está, pues, clamando porque le critiquen y le den a conocer mejor²⁹.

Acuda usted a esto y se lo agr[de]cerá el autor del Catálogo y su afmo. amigo

Juan Valera

²⁶ Se refiere a las malas relaciones entre Clarín y José Lázaro Galdiano, el editor de *La España Moderna*. Véase Antonio Rodríguez-Moñino (2001).

Don Aureliano debe ser Aureliano Fernández Guerra y Orbe (1816-1894), conocido erudito estudioso de la literatura áurea. Véase la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 345-349).

²⁷ Menéndez Pelayo visitaba con frecuencia a Valera, en cuya casa tenían lugar largas y animadas tertulias.

²⁸ Se trata de José Alcalá Galiano y Fernández de las Peñas, Conde de Torrijos (1839-1919), traductor también de *Manfredo*, de Byron. Juan Valera fue pionero en divulgar a Leopardi en España: «Sobre *Los Cantos* de Leopardi», *Revista de Ambos Mundos*, 1855 (en Valera, 1961: 19-29); le siguió su familiar José Alcalá Galiano quien en 1870 incluyó en la *Revista de España*, «Poetas líricos del siglo XIX. Leopardi». Para entonces ya menciona que lo tenía traducido, pero no publicado. En la *Revista Contemporánea* (VII, 12 de enero de 1877, pp. 113-117) publicó su traducción del «Canto nocturno de un pastor errante de Asia». Estelrich en su *Antología* de 1889 consideraba inéditas aún la mayor parte de sus traducciones. Véanse Franco Meregalli (1948) y Belén Tejerina (1998).

²⁹ Falta alguna cuartilla entre la anterior y la última donde debía referirse al catálogo de Domingo García Pérez cuyo título se copia incompleto.

5

Madrid 12 de febrero de 1892.

Sr. Dn. Leopoldo Alas.

Mi querido amigo: No tiene usted para qué darme gracias por lo dicho en mis cartas a la *Revista ilustrada* de N. York.³⁰ No he creído hacer sino justicia, y aun esta mal, ya que por mi vejez, cansancio y abatimiento, porque no gusto de pelear y hasta porque considero inútil armarlas, elogio o soy al menos harto benigno con personas que no lo merecen, destruyendo así en gran parte, lo reconozco, la importancia y valor de los elogios merecidos.

Algo pudiera yo decir para atenuar, ya que no para disculpar mis pecados de benevolencia; pero me callo ahora por no hacer pesada esta carta. Ya diré y aun he dicho en escritos públicos míos, contestando a usted, aunque no le nombro.

Aquí observaré solo que las letras y la crítica si ganan uno con la serenidad de usted esta severidad hace perder a usted ciento. Además yo hallo imposible guardar la debida proporción, siendo severo, y prefiero ser benigno no guardándola. Si yo creyese que el movimiento intelectual de España necesita más freno que espuela, más castigo que suavidad y lisonja, y si tuviese abnegación bastante para hacerme enemigos y sufrirlos o bastante brío para luchar contra todos ellos, había de atolondrar a la gente por lo descontentadizo y por lo dificultoso.

Hay quien supone que mi panfilismo crítico nace de que soy muy escéptico, sobre lo cual hago yo mi distingo. Soy escéptico por modestia, aunque ahora me contradiga atribuyéndome esta virtud. Soy escéptico porque no estoy seguro de mi propio juicio, de que el afecto no lo tuerza al emplearlo en sentenciar sobre personas particulares, contemporáneas y conocidas; pero, en lo general, estoy tan convencido de que no lo soy, que me entran a menudo ganas de componer un librito que se titule *Mi credo*, donde sin demostrar porque entonces sería *Mi ciencia*, resumiría yo y presentaría con cierto orden todo lo que afirmo y doy por cierto, allá en el fondo del alma, y que es, a mi ver, muchísimo más de lo que afirman y dan por cierto los tres o cuatro mil españoles a cuyos espíritus han llegado los tales asuntos, porque donde no han llegado, no cabe ni afirmación, ni negación, ni dogmatismo ni escepticismo, sino vaciedad completa.

No es, pues, mi falta de fe en principios y doctrinas, sino mi falta de fe en mí, en la gente que me rodea, y en lo provechoso de las peticiones que yo pudiera armar, lo que me impide ser severo y a veces justo.

Para serlo, por ejemplo con D.^a Emilia, prescindiendo de la galantería que debe extenderse hasta a las mujeres de facha tan rara, habría que mostrarse muy cruel y hacer resaltar su insufrible pedantería, su vulgaridad fecunda, su

vanidad ridícula y su carencia de fondo propio. En cuanto al P. Blanco García, confieso a usted con franqueza, que aun poniéndome ya a ser severo, sería poco más severo que lo soy ahora³¹. No es razonable pretender que el fraile no sea fraile, que no crea o finja creer en lo que debe creer por razón de su oficio, y que a su edad de 28 años y desde su celda conozca y comprenda mejor las cosas que como las conoce y comprende, no siendo un genio o un talento extraordinario, y yo no he dicho que lo sea. Su libro está escrito con candor, buena fe y mejor deseo. Apenas es injusto con nadie, salvo con usted, movido de mala pasión. Con los demás que es injusto, v. g. con M. de los Santos Álvarez, con José Navarrete y con José Alcalá Galiano, es porque o no los ha leído o no los ha entendido³².

Acerca de otros autores el Padrecito se deja llevar de lo que piensa y proclama el vulgo. Pero ¿quién no reconoce como criterio de verdad el general consentimiento? Lo que es yo (y aquí hablo con usted en intimidad y con sigilo) hallo v. g. que Campoamor disparata mucho en prosa y en verso, es de un prosaísmo de expresión maravilloso, y no comprendo que se escriban versos tan prosaicos, que su *sensiblería* es *cursi* y su malicia y travesura simplonas, pero, aunque yo quiero bien a Campoamor, y me examino la conciencia, y veo que ni le envidio, ni le odio, sino que más bien le amo, todavía me digo, ¿me cegará alguna mala pasión? ¿Cuando todos le alaban tanto no merecerá las alabanzas? ¿Se equivocarán todos y seré yo solo quien acierte? Las mismas dudas se me ofrecen respecto a Echegaray y otros.

En cambio, hay autores de quienes yo formo concepto, bueno, malo o mediano, sin que me haga dudar la opinión pública y aun sin tenerla en cuenta: así p. e. usted, Menéndez, y bastantes más. De algunos me explico el encumbramiento por prendas de carácter y por circunstancias para ellos felices, sin estimarlos gran cosa, como Ayala. *El tanto por ciento*, *Consuelo*, *El hombre de Estado*, todo me parece *teatral*, falso, tonto y de una cursilería estrepito-

³⁰ Se refiere a la *Revista Ilustrada de Nueva York*, donde Valera escribió en los años 1891-1892. En *Las Novedades*, de Nueva York, donde Clarín colaboró después con la sección «Como gustéis», desde el 10 de marzo de 1892 (Alas, 2002-2009, VIII: 306-313), se recuerdan las colaboraciones neoyorkinas anteriores de don Juan Valera en esta revista, o quizás se referían a la mencionada en primer lugar. Véase Adolfo Sotelo (2001).

³¹ Véase Francisco Blanco García (1891-1894). También la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 145-147) y Ramón Esquer Torres (1962). Clarín y Blanco García chocaron con frecuencia y aquel le dedicó a este ácidos comentarios. Véanse por ejemplo: «Palique», *Madrid Cómico*. 13-II-1892 (en Alas, 2002-2009, VIII: 278-283); «Revista literaria», *Los Lunes de El Imparcial*. 29-II-1892 (Alas, 2002-2009, VIII: 303-305, en especial); «Palique», *Heraldo*. 8-V-1895 (Alas, 2002-2009, IX: 161-164), etc.

³² Miguel de los Santos Álvarez (1817-1892), escritor romántico de ocupó después diferentes empleos diplomáticos. Véase, Salvador García Castañeda (1979).

José Navarrete y Vela Hidalgo (1836-1901), fue autor de una amplia y variada obra, que cayó pronto en el olvido.

sa. Pero ¿quién se atreve a negar aún que Ayala fue un genio? ¿Y qué importa que se diga que fue un *genio* cuando apenas hay quien lo lea?³³

Digo todo esto, al correr de la pluma, en desorden y a escape, sin querer discutir, sino sólo explicar mi conducta, que mi severidad latente, mayor y más general que la manifiesta serenidad de usted, me lleva a deplorar con frecuencia que sea usted tan manifiestamente severo, ya porque se hace usted daño sin provecho de nadie, ya porque noto cierta desproporción, de la cual resulta a mi ver, injusticia.

Velarde, por ejemplo, es un bendito y Grilo es peor, Grilo es un tunante. Ni es, ni para ser un gran poeta es menester valer más intelectual y moralmente; bien pueden escribir versos bonitos y ser lo que son Velarde y Grilo. Cavestany es un señorito que muerde de puro fino, atildado y hasta remonono; pero ¿qué daño hace a nadie escribiendo los versos primorosos que escribe? No veo la utilidad de la sátira de usted³⁴. Menos la veo aún en lo que dice usted contra Ferrari, cuyos versos hasta me gustan.

Acaso Ferrari sea tonto. Yo no lo sé. Yo no lo he calado.

Pero ¿no ha habido, no hay y no puede haber versificadores agradables que sean algo tontos? En fin, no quiero extenderme más en este imbroglio de reflexiones. Usted y yo seguiremos como Dios o el diablo nos ha hecho y no nos convenceremos. Yo lo que siento por usted es que no pocos de sus chistes, que yo le río, le hacen mucho daño, y fuera del bien que nos hacen moviéndonos a risa, no hacen ni pueden hacer otro bien.

Cosas más concretas y de interés más inmediato y práctico tengo que decirle, pero lo dejo para otro día, porque hoy todo se ha ido en consideraciones y confesiones. Recibí a *Doña Berta*, que aún no he tenido tiempo de leer. Gracias. Hablaré de ella cuando la lea. Diré por lo pronto que hay en mí una calidad igual que me lleva a cierta injusticia condenatoria³⁵.

De los tontos y cándidos exijo poco, en ellos apenas echo nada de menos y en cambio soy exigente con usted.

³³ Adelardo López de Ayala (Guadalcanal, Sevilla, 1828-Madrid, 1879). Dramaturgo de gran éxito en el siglo XIX. Miembro de la Academia Española desde 1870. Valera cuestionaba ya su supuesta genialidad en privado aunque como figura pública seguía inatacado. Véase, M. Martínez Cachero (2001: 209-232).

³⁴ Juan Antonio Cavestany (Sevilla, 1861-Madrid, 1921). Literato y político español militante en el partido conservador. Fue diputado en varias legislaturas y orador brillante. Juan Valera reseñó sus *Poesías*: «*Poesías*, de Juan Antonio Cavestany», *La España Moderna*. Año I, diciembre de 1889, t. 12, pp. 195-198 (en Valera, 1961, II: 804-805).

³⁵ *Doña Berta* fue publicada por primera vez en *La Ilustración Española y Americana* entre el 8 de mayo y el 15 de junio de 1891. Recogida en *Doña Berta. Cuervo. Superchería*. Madrid: Fernando Fe, 1892. Debe ser esta la edición a que se refiere.

6

Con ocasión de pascuas y próximo año nuevo Juan Valera [impreso], felicita cariñosamente a su querido amigo Don Leopoldo Alas.

Cuesta de Sto. Domingo, 3 [impreso]³⁶

7

Juan Valera [impreso] desea feliz año nuevo a su amigo don Leopoldo Alas y promete enviarle un ejemplar de *Juanita la* [continúa al dorso] *Larga* que saldrá pronto en un tomo y que espera ser tratada benignamente por Clarín³⁷.

8

Madrid 3 de Enero de 1896

Sr. D. Leopoldo Alas

Mi muy querido amigo: Ayer recibí su grata carta del 31 de Diciembre, a la que contesto valiéndome de amanuense porque tengo perdida la vista. Me dice usted que, como no había recibido mis últimos libritos, pensaba que yo le había olvidado. No ha sido olvido mío sino descuido del librero Fe o tacañería de mi editor el Sr. Calonge, pues a ambos encargué reiterada y encarecidamente, desde Viena, que enviasen a usted un ejemplar de *La Buena Fama*, única obra mía escrita en estos últimos tiempos, de la que yo, no sé si con razón o sin ella, pero sí hablando francamente, estoy satisfecho.

Si por culpa de Calonge o de Fe y no por culpa mía, no tiene usted *La Buena Fama*, yo le enviaré con gusto un ejemplar³⁸. Y desde luego, pasado mañana u el otro, cuando haya ejemplares, en tomo, de *Juanita la Larga*, otra intrépida muchacha se pondrá sin demora en camino e irá a Oviedo a coque-tear con usted y a ver si puede ganarle la voluntad y el aprecio.

³⁶ La letra es ya de su secretario. Tarjeta de visita. Escrito a lápiz «Diciembre 1894?», probablemente por Dionisio Gamallo Fierros.

³⁷ La letra es del secretario. Tarjeta de visita. Escrito a lápiz «Diciembre 1895», probablemente por Dionisio Gamallo Fierros.

³⁸ Fernando Fe y Gómez (1845-1914). Librero y editor madrileño. No hemos visto ningún comentario de Clarín sobre esta novela. Fue publicada primero como «La buena fama», [novela] en *La España Moderna*. Año VI, octubre 1894, t. 70, pp. 5-32; noviembre de 1894, t. 71, pp. 5-38; y diciembre de 1894, t. 72, pp. 22-47. Véase, Valera (2002-2010: 32).

Con grandísimo placer recibiré y leeré esos cuentos morales que usted me anuncia. No quiero que me diga usted cuáles son esos dos que califica usted de sus predilectos para ver si yo lo adivino por coincidencia de nuestras predilecciones.

Yo no he dado artículo ninguno para la Revista de la Ratazzi³⁹. Mi musa es tan voluntariosa y desmandada que en cuanto le encargan algo no acierta a hacerlo ni da pie con bolo. Sin embargo, el Sr. Enrique Charriaut, director o cosa así de la mencionada revista, vino a verme de parte de su *Jefa*, y me sometió a un largo interrogatorio sobre el movimiento intelectual de España, en nuestros días. De lo que le dije él tomó apuntes, y supongo que más o menos desfigurado y trabucado, formará parte de un artículo que dicho Sr. pensaba escribir. Claro está que yo hablé de los más notables poetas y escritores que hay ahora en nuestra tierra y naturalmente bien y mucho de usted sobre algunos que, en mi sentir usted celebra demasiado y sobre otros que, también en mi sentir, usted maltrata hartamente yo traté sin pasión, esforzándome por ser un modelo de justicia.

Me ha hecho muchísima gracia lo que usted dice sobre la Antología de poetas americanos de Marcelino, en el artículo que publicó *El Imparcial*⁴⁰.

Convengo con usted en que los *chichitos* producen con deplorable abundancia versos ramplones y vulgares; pero la pobre Academia no tiene la culpa de que Marcelino haya insertado tantos de ellos en su *Antología*. La Academia no deseaba más que lo selecto; se hubiera contentado con dos tomos en vez de tener cuatro y tan gordos; pero los eruditos, y Marcelino lo es más que nadie, no se contentan con citar lo mejor, que todo el mundo conoce, sino siempre quieren citar lo que la generalidad de los hombres ignora y sacar de nuevo a la luz lo que yace con razón y para descanso de nuestra fatigada memoria en la penumbra o en las tinieblas del olvido. La misma *Antología* de poetas líricos castellanos, cuyos prólogos son la mejor historia literaria,

³⁹ María Leticia Bonaparte o madame Ratazzi, viuda del político italiano de este nombre. Casada con Luis Rute, subsecretario de la presidencia del Congreso. Daba banquetes a los que asistían entre otros Cánovas, Castelar, Echegaray, Manuel del Palacio o Ferrari.

La revista a que se refiere era *La Nouvelle Revue Internationale*, subtitulada «Les matinées espagnoles». En abril de 1900 publicó un número extraordinario sobre *L'Espagne* con colaboración de Leopoldo Alas.

Publicó unas breves memorias cargadas de autocomplacencia en *La España Moderna* (año I, abril 1889, t. 4, pp. 5-18), «Apuntes para mis memorias», firmadas como «María Leticia de Rute (Princesa Rattazzi)». Menciona algunos de sus libros: *Portugal a vista de pájaro*, *El sueño de una ambiciosa* y *Si yo fuera reina*.

⁴⁰ Clarín, «Revista literaria», *El Imparcial*. 27-XII-1895 (en Alas, 2002-2009, IX: 429-434), sobre el IV tomo de la antología. El artículo está lleno de alusiones irónicas sobre las pretensiones de aquellos poetas. Menéndez Pelayo ha trabajado con esmero, pero hubiera sido mejor que fuera más breve (Menéndez Pelayo, 1893-1895). Clarín venía ocupándose de la *Antología* desde los primeros tomos: «Revista literaria», *Los Lunes de El Imparcial*. 26-III-1894 (reseña 2º tomo); «Revista literaria», *Las Novedades*. 23-I-1896, etc.

adolece del mencionado defecto, o mejor dicho, de la mencionada sobra. Para mi gusto la tal *Antología* sería mucho mejor si solo contuviera la tercera o la cuarta parte de los versos que contiene. Aquella fábula o leyenda de la historia primitiva de Roma, acerca de los libros sibilinos, encierra una enseñanza que tiene frecuente aplicación y que los eruditos debieran tener en cuenta.

La persona misteriosa, que trajo a vender los libros, pidió por ellos una suma cuando eran nueve; pidió el doble cuando quedaron reducidos a seis; y pidió el triple cuando quedaron reducidos a tres. Marcelino, sin duda alguna hubiera debido recordar esta leyenda de los libros sibilinos al compaginar sus dos *Antologías*. Como ahora la estoy yo recordando, el recuerdo me vale de amonestación para que no sea más extensa mi carta, y así termino reiterando a usted el testimonio de verdadera amistad y de alto aprecio con que soy siempre suyo affmo. q. b. s. m.

Juan Valera

9

Madrid 16 de Enero de 1896

Sr. D. Leopoldo Alas.

Mi querido y excelente amigo: Aunque el único defecto o sobra de usted como crítico es el de la vehemencia algo apasionada, así en el desdén como en el aprecio, es tanto lo que yo estimo la alta comprensión de usted y su exquisito buen gusto literario, que me ha lisonjeado y enorgullecido en extremo el elogio que hace de *Juanita la Larga*⁴¹.

Estoy ya con gran curiosidad y muy deseoso de leer el artículo que sobre dicha novela va usted a publicar en *El Imparcial*⁴². No dude usted de que si no fuese porque el público de España necesita de mucho estímulo para que compre los libros, yo no solicitaría nunca que se diesen bombos a los de mi cosecha. Por lo mismo que soy tal vez sobrado sensible a la crítica de mis

⁴¹ Debe referirse a elogios hechos en carta, acusando recibo de la novela y tras una primera lectura.

⁴² Clarín, «Revista literaria. *Juanita la Larga* de don Juan Valera», *El Imparcial*. 22-I-1896 (en Alas, 2002-2009, IX: 462-468). Elogia la lozana vejez del escritor, que se traduce en la novela en una lozanía narrativa que enamora; la novela es clásica sin frialdad, sabia sin pedantería. Obra digna de un Horacio en prosa o, si se prefiere, una especie de suave sátira horaciana de gran sobriedad, con lenguaje natural en los personajes. Y muy europea por el don de las lágrimas de estos, cosa no frecuente entre los escritores españoles. Volvió a realizar comentarios elogiosos en «Revista literaria», *Las Novedades*. 19-III-1896 (en Alas, 2002-2009, IX: 527-528).

obras, muy agradecido a la alabanza que considero mi mayor premio, y tan dependiente de ella, que sino [*sic*] me la dan dejo de escribir como si se agotase el manantial de mis inspiraciones, gusto de que esta alabanza sea espontánea y no solicitada.

De todos modos la de usted será doblemente bienvenida: por lo que tiene de espontánea y para satisfacer mi amor propio de autor y para corroborarme con el buen concepto de mis propias producciones que a menudo recelo yo mismo echar por tierra. Y por lo que tiene de solicitada para que sirva de llamamiento hacia la mercancía y de excitación a los compradores reacios.

Recibí dos o tres días ha, un ejemplar de los *Cuentos Morales* y ya los hubiera leído todos si pudiese yo leer⁴³. Por desgracia me he quedado casi ciego y este es el achaque que más me atormenta en mi fatigada ancianidad, en esta especie de muerte por grados o por escalones que voy bajando con lentitud aunque sin poder subir por ellas de nuevo desandando algo de lo andado. En fin, no hay más que resignarse y yo me resigno. Y a veces noto con gusto que de esta resignación nacen en mi espíritu una dulce serenidad y una muy grata hataraxia, la cual hataraxia es tan saludable y bienhechora, que por ella me atrevo a esperar que he de llegar con vida y con aptitud, sino [*sic*] de escribir, de dictar cuartillas, hasta bien entrado el siglo XX.

Pero volvamos a los *Cuentos Morales*. Como no es fácil encontrar un buen lector no he tenido aún quien me los lea todos, pero sí me han leído la mayor parte de ellos. Aunque sea exponiéndome a que una tercera persona que pueda leer esta carta diga que somos los compadres de los elogios místicos, diré a usted que los *cuentos* me han divertido e interesado. Están escritos con facilidad y con gracia y hay caracteres muy bien estudiados, observados y puestos de reales. No sé cual preferir. *El del cura de Vericuetto* está muy bien sostenido, y es natural aunque raro que por donde me hace más impresión y hallo más conforme a la verdad, o sea a lo que se ve de diario, el carácter del caballero de la mesa redonda. Conozco mil caballeros por el estilo, pero el de usted está retratado de mano maestra. Y este cuento es quizás el más moral de todos los cuentos del libro porque quien le lee sienta su poquito de remordimiento, se da algo por aludido y descubre en sí mismo, en más o menos dosis, algo de la condición natural de don Abamerto Anchorés.

Aunque los cuentos son por lo general muy cortos, el lugar de la escena suele estar siempre perfectamente descrito. Como por testigo ocular que sabe lo que ve. Los coros y comparsas se mueven con naturalidad, alientan y viven. Y algunos de los personajes, que están en segundo término, aparecen tan claros y tan bien determinados con cuatro rasguños que interesan y convencen. Así por ejemplo la Sra. Fiscala.

La Conversión de Chiripa tiene muchos méritos, y es el mayor de todos, en mi sentir, que lleva el ánimo del lector a grandes honduras metafísicas y

⁴³ Leopoldo Alas (1896).

religiosas a pesar de ser el protagonista y cuanto le sucede lo más somero, natural y sencillo.

En algunas otras narraciones que tienen visos y vislumbres de religiosas, advierto cierta nebulosa vaguedad, pero no la censura. Tal vaguedad es propia del arte de la ficción o de la poesía en prosa.

A estar usted muy seguro y muy firme en sus opiniones, en su creencia o en su ciencia, en vez de escribir un cuento o una fantasía poética, escribiría un sermón, un discurso o un tratado. Yo creo que en este punto piensa usted como yo y que no escribe cuentos para enseñar sino para divertir o conmover: no para descubrirnos lo que sabe, sino lo que siente, imagina o fantasea. Entendidas así las cosas, aplaudo sin reserva *El frío del Papa* y *La mala noche del Diablo*.

Aunque muy rápida e imperfectamente ya he dicho algo de lo mucho que encuentro en el libro de usted digno de alabanza. Para que nada falte a mi crítica haré además una pequeña censura por más que no se funde en razones estéticas indiscutibles sino en mi modo de ser y de sentir. Yo apruebo y hasta exijo en un cuento que se apasione a favor o en contra de sus personajes, ya con amor ya con odio, ya con estimación ya con desprecio, pero quiero que estas pasiones del autor caigan solo sobre el personaje ideal que él ha creado y que no se sospeche siquiera que trascienden a los personajes reales que le han servido o le han podido servir de modelo. El valor poético de una obra literaria se rebaja mucho cuando esto último ocurre. Así, por ejemplo, González Bribón me hace poco efecto.

Para terminar sin ser muy prolijo en esta carta diré que hallo muy bien, como que en esto nos parecemos, el afán y la brega de su espíritu de usted para escapar al pesimismo hoy tan de moda y la inclinación que a falta de creencias firmes en una religión positiva, siente usted hacia lo místico y divino que se busca y tal vez creemos hallar en lo más profundo y recóndito de la mente.

En fin, usted es joven aún y puede y debe inventar, imaginar y escribir muchas cosas, mientras que yo estoy cansado, enfermo y viejísimo, y aunque algo imagine aun y discurra de nuevo, tal vez no acierte yo a darle la forma conveniente, y si he de decir la verdad, aunque yo creo que sin fondo no hay escritor que valga un pito, también creo que no vale un pito el escritor que no logra con el encanto de la forma mostrar a los que saben leer bien la hondura de su pensamiento y la intensidad con que ama.

Adiós. Consérvese bien de salud, desechando el egoísmo pero aceptando otras doctrinas y prácticas de don Abamerto, quien al fin se agradaba a sí mismo y agradaba a los otros y créame su affmo. y buen amigo q. b. s. m.

Juan Valera

10

Madrid 23 de Enero de 1896

Sr. D. Leopoldo Alas.

Mi distinguido y querido amigo: Acabo de recibir su amable carta del 22 y me apresuro a contestarle, dándole encarecidas gracias por todo. El artículo de usted apareció anteayer en *El Imparcial*⁴⁴. Es un bombo tan estrepitoso como bonito de que estoy muy ufano, aunque tal vez no le merezca yo y en mucha parte le deba a su amistad apasionada y generosa.

El artículo ha de influir y sin duda ha influido ya favorablemente en la venta de el [*sic*] libro porque apenas hallo por ahí una persona que no me diga que ha leído el artículo y que no lo celebre.

Independientemente de la honra y del provecho que esto me trae, aseguro a usted que me he alegrado en extremo al notar la grande autoridad que usted tiene y la popularidad de que goza, a despecho de tantos terribles enemigos como se ha creado, ya a causa de algunas burlas y sátiras un poco duras, ya a causa de la inusitada severidad con que a veces censura a prosistas y poetas sin pararse en contemplaciones.

El público español está muy bien dispuesto, es indulgente y entendido, desea mucho que le diviertan y que no le aburran con filosofías y sublimidades que tal vez ignora el mismo que quiere enseñárselas, o bien y esto es peor, tiene de ellas tan vago y confuso concepto, que los revuelve y baraja en un lío enmarañado e insufrible.

Así es que cuando alguien, como usted, le habla racional y naturalmente, sin dejar por eso de ser sutil y de ser elevado como y cuando conviene, él se contenta y aplaude. Lo único que hay que lamentar es que este público discreto y bien inclinado se componga de corto número de personas. Yo creo que, ya en el teatro, donde el público es más numeroso, su recto juicio y su buen gusto prevalecen menos. Aun así no echo yo la culpa a este público más numeroso sino a que hay multitud de *críticos teatrales* y muy de tres al cuarto que le extravían⁴⁵.

Anoche me refé muchísimo con Marcelino, a causa o con ocasión de su artículo de usted sobre la *Antología* de poetas americanos⁴⁶. Nos reímos en primer lugar de la pasión antiacadémica con que echa usted la culpa a la

⁴⁴ Se refiere al artículo, ya citado y comentado, del día 22 de enero de 1896.

⁴⁵ Posiblemente aludía de pasada a la larga polémica mantenida por Clarín con los críticos teatrales con motivo del fallido estreno de *Teresa*. Véase Leonardo Romero Tobar (2009: 945-950).

⁴⁶ Se trata del artículo, ya citado, Clarín, «Revista literaria», *El Imparcial*. 27-XII-1895 (en Alas, 2002-2009, IX: 429-434).

Academia de que Marcelino haya incluido en dicha *Antología* tantísima broza, y no pocos cardos borriqueros en vez de flores. La Academia no ordenó ni impuso a Marcelino la inclusión en la *Antología* de farrago tan deplorable. Él fue quien se consideró obligado a incluirles. Pero no es esto lo más gracioso: lo más gracioso es que los *chichitos* están muy enojados porque Marcelino ha dejado de incluir en la colección unas cuantas docenas de genios de primera magnitud, cuyas composiciones poéticas son conocidas y admiradas desde Texas hasta la Patagonia y de las cuales este ignorantón de Marcelino no tiene la menor noticia a no ser que, por malevolencia, las haya omitido.

Estábamos en plena academia y un académico correspondiente, *chichito*, llamado el Sr. Quesada, que asistía en la junta, pidió la palabra y pronunció un elegante discurso, haciendo notar las omisiones en que Marcelino había incurrido. Marcelino se sulfuró bastante, y el prudentísimo Fabié tuvo que irse a su lado, a fin de refrenar sus ímpetus y a fin de que aquello no produjese una lastimosa ruptura entre España, la antigua metrópoli y las flamantes repúblicas que han salido de su seno⁴⁷. Marcelino, sin embargo, y a pesar de que Fabié le estaba apretando las clavijas, habló con vehemencia y no dejó de decir que era muy difícil contentar a todos, y que si los *chichitos* se quejaban de lo poco que él había puesto en la *Antología*, por aquí no faltaban personas que deplorasen y se quejasen de que había puesto mucho. El prudentísimo Fabié habló después de Marcelino y logró templar las gaitas con su suavidad meliflua, grave y entonada. La risa de Marcelino y la mía fue después de esto, recordando el artículo de usted.

Crea usted que las juntas de la Academia son casi siempre muy divertidas, y yo deseo que llegue pronto el día en que usted salte de la Universidad de Oviedo a la de Madrid, se cure de la *academifobia*, y vaya por allí, esto es, a la calle de Felipe IV, a *nuestro palacio* a sentarse entre nosotros. Yo doy por cierto que, cuando esto suceda, sino [*sic*] tarda mucho en suceder, para que el Conde de Cheste no se nos muera, ha de acabar usted por ser tan entusiasta admirador como yo lo soy, del mencionado Conde, sino [*sic*] por su pasmosa habilidad para traducir al Ariosto y al Dante, por su caballeresca cortesía, por sus finos y bondadosos modales y por otras muchísimas prendas que en él resplandecen y que lo hacen a propósito y como hecho de encargo para presidirnos o dirigirnos⁴⁸.

Voy a hablar de nuevo de su artículo de usted sobre *Juanita la Larga* para hacer contra él, aunque parezca ingratitud después de tanta alabanza, una im-

⁴⁷ Antonio María Fabié Escudero (Sevilla, 1832-Madrid, 1899), escritor y erudito, que ocupó después diferentes puestos en la administración del estado. Fue académico de la Historia y de la Lengua.

⁴⁸ Juan de la Pezuela y Ceballos (1809-1906). Militar de profesión. Su labor como literato es pobre: el poema, *El cerco de Zamora*; la comedia, *Las gracias de la vejez*. Traductor de Tasso, Dante, Ariosto y Camoens. Académico desde 1845 y director de la Academia en 1875.

pugnación muy decidida. No me mueve a hacerla ningún interés personal. Hace siete u ocho años que me considero inválido; que empecé a dar el bajón que ya he dado por completo. Hoy tengo setenta y un años tres meses y algunos días, y estoy hecho una verdadera plepa. Sostengo, pues, sin egoísmo, que un hombre de naturaleza sana y buena, que no haya sido un libertino desaforado, que haya sabido cuidar así de su alma como de su cuerpo, lavándole, fregándole y ejercitándole, con esmero más completo y atinado que *El caballero de la mesa redonda*, puede y debe enamorar a una muchacha y cumplir digna y satisfactoriamente con ella casi tan bien como un hombre de treinta.

No recuerdo donde he leído yo que *el gran maestro de los que saben*, como Dante llamaba a Aristóteles, sostenía que el varón sano y robusto, y no enclenque ni vicioso, llega a la plenitud de todas sus facultades cuando cumple el medio siglo. No censure usted pues que fuese aristotélica *Juanita la Larga*, la cual no tenía tampoco, en Villalegre, mozos entre quienes escoger y a quienes preferir a Don Paco⁴⁹.

Adiós y créame usted siempre su agradecido y buen amigo q. b. s. m.

Juan Valera

11

Madrid 12 de Julio 1896

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi distinguido amigo: Muchos días hace que no nos escribimos. No recuerdo si fui yo o si fue usted el último en escribir. Sea como sea, pongo ahora esta carta y la dirijo a Oviedo, donde supongo que estará usted, para anunciarle el próximo envío de un libro de *Cuentos y chascarrillos andaluces* que hemos tenido el antojo de redactar y de coleccionar tres amigos míos y yo. El velo del anónimo, en que nos envolvemos, es muy transparente⁵⁰.

⁴⁹ Responde así a las apreciaciones de Clarín, quien indicaba que esta solución matrimonial devolvía la novela a los tiempos de Moratín y a los casamientos de viejos con niñas.

⁵⁰ *Cuentos y chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo, seleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1896. Eran el cordobés Juan Valera (Fulano), el sevillano Narciso Campillo (Zutano), el Conde de las Navas, malagueño (Mengano) y el gaditano Mariano Pardo de Figueroa, más conocido por su seudónimo: Doctor Thebussem (Perengano). En 1898 tuvo una segunda edición, publicada por Ricardo Fe. El librito suscitó cierta polémica y ataques, que analizó Alonso Zamora Vicente (1999: 523-524), y antes, Aurelio Baig Baños (1928: 188-197). Véase también, Maxime Chevalier (1974-1975: 167-173).

Sobre Campillo, véanse F. Guerrero (1964: 69-106) y la voz correspondiente en Baasner y Acero, 2007: 194-197).

Yo deseo, sin embargo, y suplico a usted que no diga en letras de molde, ni mi nombre, ni el de mis tres compañeros aunque los adivine⁵¹.

Muchísimo me alegraré de que el libro parezca a usted divertido y no le desagrade.

Créame usted siempre su afectísimo y buen amigo q. l. b. l. m.

Juan Valera

12⁵²

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi querido amigo: Acabo de recibir las cartas de usted del 22 y mucho gusto de saber que ha recibido los *Cuentos y Chascarrillos* y que no le ha desagradado su lectura. En efecto yo soy *, Fulano y también el autor de la Introducción⁵³.

A dos señores (***) y (***) que vienen los sábados por la noche de tertulia a mi casa se les ocurrió coleccionar dichos cuentos, vulgares, y claro está que conocidos, y donde solo la forma, buena o mala, podía ser nuestra. Dichos señores me excitaron a que el libro se hiciese, y hasta escribieron antes que yo algunos de los cuentos del libro. Yo cedí por último, porque confieso que la idea me parece bien, porque no quise pasar por flojo, y porque no sé decir que no a nada. Ello es que es bastante más de la mitad del libro es obra mía.

Si hay en él algunas verduras y no pocas inmundicias, a mi ver, es culpa del asunto. La musa vulgar no es ni casta ni limpia. A la castidad y a la lim-

⁵¹ Clarín le dedicó un «Palique», *Madrid Cómico*. 25-VII-1896 (en Alas, 2002-2009, IX: 635-639). Respecto a la discreción pedida sobre los autores decía: «...y yo también diré a ustedes que sé quien es alguno de los autores del libro titulado *Cuentos y chascarrillos andaluces*, pero que no le nombraré ni por un imperio, porque la palabra es palabra y he prometido guardar el secreto.

Temo, sin embargo, que sea el secreto a voces; porque al gran ingenio, cuando viaja de incógnito, le sucede pasar lo que a los reyes en el mismo caso: todo el mundo está en el secreto» (Alas, 2002-2009, IX: 636).

Clarín —aunque no amaba especialmente el folklore— centró su crítica en el uso inteligente de los elementos folklóricos, destacando la sencillez de su estilo, aconsejando la lectura del libro, pero considerando que no era apto por el «olor escatológico» (Alas, 2002-2009, IX: 638) para doncellas y niños.

⁵² Aunque la carta no va fechada, debe corresponder a las semanas siguientes al envío del libro mencionado, del que Clarín acusó recibo y al que se refirió en la prensa.

⁵³ Clarín le debía haber escrito, acusando recibo del libro y adelantándole las líneas maestras de su palique en *Madrid Cómico* tal como indica después la carta de don Juan. De aquí las explicaciones de Valera sobre los nombres y sobre lo escatológico.

pieza he sacrificado yo cerca de treinta cuentos, escritos ya y que se han quedado inéditos en un cajón de mi bufete. Centenares de cuentos hay, que me parecen, y no creo engañarme, graciosísimos y originales, y los he guardado en la memoria sin osar escribirlos. No he tenido valor para desechar también *La reina madre*, que es el más grotesco y extrabagante [*sic*] de todos los cuentos, pero yo no hago más que ponerle por escrito tal como le he oído contar en Andalucía, procurando solo que la forma sea pulcra y atildada.

En cambio hay algunos cuentos, cuyo fondo vulgar y tradicional es grosero y rudo pero que yo creo haber vestido, sin adulterarlos mucho, de un velo poético y hasta de sus puntos y collar de sentimentalismo. Tales son *La confesión reiterada* y *Por no perder el respeto*.

Si a veces en los cuentos hay algunas palabras muy feas, como por ejemplo, *pijotero*, *zorra*, *culo* y *mierda*, ha sido porque el chiste, si le hay está principalmente en dicha palabra, y en vez de suprimirla o trocarla por otra, era menester suprimir el cuento, lo cual, según mi criterio, que no trato de imponer a nadie, hubiera sido lástima. Y esto lo aplico muy especialmente a los cuentos de Perengano (****) quien, para no seguir guardando el secreto, que es secreto a voces, diré a usted que es el Dr. Thebussem. Sus cuentos, en mi sentir, están admirablemente contados y tienen mucha sal y toda la candorosa malicia del vulgo andaluz, malicia que trasciende a menudo más allá de la mira, como la flecha que disparó el príncipe indio, que fue tan lejos que se perdió de vista y que luego dio ocasión, buscándola el príncipe, a que se encontrase con el hada Parabamí de él enamorada. Exagerada hallará mi romántica comparación, pero no podrá negarme que en *Las sardinas* se esconde un sentido panegírico de la serenidad, del sufrimiento y de la paciencia, y una burla merecida y severa de la brutalidad y del egoísmo; ni me negará usted tampoco que el cuento, titulado *La verdad*, es un primor y atesora más filosofía que todo Schopenhauer, que todo Hartmann y que todo Leopardi⁵⁴.

⁵⁴ Conde Giacomo de Leopardi (1798-1837). Escritor y poeta italiano que, según queda dicho, Valera introdujo en España.

Arthur Schopenhauer (1788-1860). Filósofo alemán, cuya obra más conocida fue *El mundo como voluntad y representación*. Puente con la filosofía oriental en Europa.

Eduard von Hartmann (1846-1906). Filósofo alemán, que alcanzó reconocimiento público a partir de *La filosofía del inconsciente* (1869). Tendencia pesimista.

No es la única vez que don Juan Valera los alineó a los tres juntos. En la primera entrega de «La Religión de la Humanidad», reflexionando sobre la búsqueda de una nueva religión para la Humanidad y también sobre sus detractores, escribía: «Con todo: yo creo que el ateísmo pesimista de Leopardi, de Schopenhauer y de Hartmann, es el menos desatinado: hay en él no poco de budismo transplantado a Europa» (Valera, Juan. «La Religión de la Humanidad», *La España Moderna*. 1889, 10, pp. 5-25; y Valera, Juan. «La Religión de la Humanidad», *La España Moderna*. 1889, 11, pp. 49-67). Con lo cual se refería a la difusión de corrientes de pensamiento oriental durante el siglo XIX. No iba nada desencaminado.

Dejaré ya de hablar de los cuentos, a fin de no ser cansado, mas no sin dar a usted antes encariñadas gracias por lo que va a decir en el *Madrid Cómico*, que me apresuraré a leer, y por lo que diga, si algo dice en *El Imparcial* donde una mano amiga y generosa ha puesto ya algo sobre nuestro librito. Lo único que me atrevo aún a suplicar a usted es que no trate muy mal a los señores (***) y (***), para que no se contraponga la severidad de usted con ellos a las alabanzas que usted amistosamente me prodiga. En general es usted un crítico excelente, pero tiene usted un defecto, que nace de la voluntad y no de la inteligencia. Los encomios entusiastas que hace usted a menudo de los amigos emponzoñan y acicalan más los dardos críticos que contra los que no le son amigos dispara usted. En España es menester ser muy benignos en la crítica literaria por varias razones. Diré algunas.

1ª. En España, en el día de hoy, por nuestra gran desventura, no hay políticos ni hacendistas, ni Generales. Esto sería la más cuitada y decaída nación del mundo si no tuviese aún artes y letras. Yo creo que las tiene, y que valen algo y que tal vez nos alientan, nos consuelan, y haciendo un soberano esfuerzo de optimismo nos dan su esperanza al fruto cierto.

¿Qué nos quedará si maltratamos y ajamos la flor que promete el fruto?

¿Qué le queda al demonio ¡vive Cristo! si se le quita la opinión de listo?

Será un pobre demonio a quien no le quedará sino la verdad, pero la verdad de Olías.

2ª. Que todos nos conocemos y somos amigos y con frecuencia nos vemos colocados entre el criticado y el crítico, enojadísimo con él, lo cual, hasta para el que está en medio es lastimoso.

3ª. Que por medio de la literatura rara vez se gana en España posición y casi nunca se gana dinero. Visto lo poco que se gana conviene ser indulgente. Aunque usted no guste de las historias puercas, voy a poner aquí en resumen una que lo es pero que, vuelta al revés, contiene una moraleja que viene de molde en este caso.

Era un pícaro que decía misas sin ser clérigo y las decía por cuatro cuartos. Díjole un amigo que no debía decir misas tan baratas. Y contestó él: bien pagadas están... para la mierda de misas que yo digo... Sin volverle al revés, sino entendido derechamente, contiene la misma moraleja el cuento de (***) titulado *Menudo*.

Y 4ª. y última razón que se me ocurre: porque la mala crianza, la envidia y el afán de ganar fama y lectores tratando y ofendiendo brutalmente a todo el que escribe son un aliciente muy grande, que importa no despertar ni excitar. Una crítica severa y hasta cruel haría bien sin esto. En las manos hábiles, desinteresadas y limpias de usted serían más útiles y provechosas las disciplinas o la palmeta que el turíbulo: pero, en las manos de Valbuena la palmeta y las disciplinas son patas de mulo que dispara cosas o algo a modo de *chantage*, contra el cual no hay más recurso que la resignación o bien

otras coces más brutales como a las que a Valbuena disparó el Vizconde de Irueste⁵⁵.

A pesar de todo lo dicho no infiero yo que deba el crítico limitarse a tocar el bombo. Esto sería empalagosísimo e inaguantable. Conviene un justo medio harto difícil de hallar. En fin, el oficio de crítico es más arduo en España que en parte alguna.

Con mis reflexiones voy poniéndome pesado y quiero dejarlas.

Aunque estoy averiadísimo, casi ciego, sin poder escribir y teniendo que dictar y con otros doscientos mil alifafes y disgustos, que cada día brotan con mayor ímpetu y abundancia de mis *casi* 72 años, no me abandona la *scrivendi cacoethas* [sic]⁵⁶, sino que me persigue y me agita como nunca, por lo mismo que, a causa de la vejez, ni paseo ni coqueteo, ni *flirteo* ni me distraigo con nada.

Casi no leo porque se me fatiga la vista. De aquí que, si bien premiosa y lentamente, escribo para el público y tengo un costal de planes literarios. Tengo dos muy extrañas novelas, cuya misma extrañeza hacen que adelanten con lentitud. Se titula una *Elisa la Malagueña*, y *Morsamor* la otra.

Aunque me dice usted que tiene ya 50 años y aunque de ello se queja, yo considero que está usted en lo mejor de su vida: en el otoño, que es la estación de los frutos sazonados, maduros y jugosos. Deseo a usted buena salud y mejor humor para que nos los dé a manta como dicen en Villa Bermeja.

Adiós por hoy y créame su affmo. amigo q. l. b. l. m.

Juan Valera

⁵⁵ Antonio de Valbuena y Gutiérrez (1844-1929) fue un crítico de ideas muy conservadoras, que ejerció la crítica literaria con dureza desde 1883. Anduvo siempre enfrentado con la Academia contra la cual escribió con frecuencia, según se ha señalado antes. Véanse J. F. Botrel (1994: 485-496), J. M. Martínez Cachero (2001: 20-21); y también la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 835-837).

José Figueroa Torres, Vizconde de Irueste (1857-1901) fue un conocido bibliófilo desaparecido muy joven. Su biblioteca constituyó, por donación de su familia, la base de la biblioteca de la Alhambra.

⁵⁶ Debe ser *scribendi cacoethes*: «que tiene la mala costumbre de escribir» (Juvenal, *Sátira*, 7, 52). Una expresión latina grata a don Juan Valera, que la utiliza con frecuencia para aludir a su gusto por la escritura.

13

Madrid 24 Diciembre 96

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi distinguido amigo:

Ayer recibí, en amable contestación a mi pésame, la carta de usted del día 20.⁵⁷ Por ella veo con gusto que no está usted mal de salud. La mía deja mucho que desear, pero yo no me quejo, pues para los 72 años que tengo ya con colmo, no me siento muy averiado y tengo esperanzas de llegar y hasta de ir andando un poco por el siglo XX. Lo que más me aburre es haber casi perdido la vista. Apenas me sirven ya los libros pues solo con extrema dificultad los leo y no tengo lector sino para los castellanos, porque mis hijos andan ocupados o distraídos y no pueden o no quieren leerme en otros idiomas que saben ellos. Esta escasez de pasto espiritual temo que acabará por encanijarme el entendimiento y desde luego hace muy difícil la continuación de dos novelas, que tengo empezadas, ambas con un fondo histórico, para cuya pintura necesito estudiar en los libros usos y costumbres de otras épocas y de otros países. He empezado a escribir una tercera novela tejida con mis recuerdos personales de cuando estuve en el Brasil y de las buenas temporadas que he pasado en Francia. Para enlazarlo todo he imaginado una heroína de Cádiz, llamada Rafaela la generosa cuyas aventuras voy escribiendo. Ya van 25 capítulos. Aun escribiré dos o tres más, y luego la propia Rafaela tomará la pluma y compondrá lo restante, bajo el título de *Confidencias*. Toda la novela, que será más larga que cualquiera de las otras que he escrito, menos *El Doctor Faustino*, llevará por título *Genio y Figura...* Mil defectos tendrá pero nadie dirá con fundamento que aquello no está *vivido*.⁵⁸

Aun en esta última y tercera novela voy con lentitud y adelantando muy poco, porque a menudo se apodera de mí la más estúpida modorra y me quedo traspuesto y en un delicioso *nirvana*, sobre todo después de almorzar, que es la comida que hago con más apetito. En cambio, durante la noche, cuando no puedo leer ni escribir, el sueño se va lejos de mí y no acude a cerrar mis

⁵⁷ El 19 de septiembre había fallecido la madre de Clarín. Véase Lissorgues (2007: 837-840).

⁵⁸ Le adelantaba así a Clarín la organización de la novela, tejida alrededor de esta mujer de mundo. Don Juan estaba capacitado como pocos para escribir una obra de estas características, a diferencia, pongamos por caso, del P. Coloma, quien en *Pequeñeces* ensayó una novela sobre esta temática, pero desconociendo realmente el mundo en que la ambientaba. Aún así, la novela de Coloma suscitó intensa polémica. Valera se sumó a ella resaltando precisamente la inadecuación del novelista para tal asunto (Valera, 1891a: 79). Véanse otros detalles, L. Romero Tobar (2003: 40-46). Acaso no sea descabellado sugerir, que en este folleto está en germen la propia novela de Valera, quien dará a su personaje la voz para que haga sus confidencias sobre su vida.

párpados. Entonces me siento cansado y nervioso, y no ya las cosas regocijadas y amenas, sino las tristes y desesperantes, invaden mi alma como legión de negros demonios que la torturan. En este momento, poco después de almorzar, no estoy sujeto ni dominado por la pesadilla satánica pero sí estoy poseído del nirvana, que no sé como escribo a usted y dicto lo que escribo. No extrañe usted por consiguiente que esta carta salga a empellones de mi cabeza, con largas pausas en que me quedo dormido, y hoy más pesadamente que por lo común porque es día de vigilia y mi mujer que es muy buena católica ha dejado que me atiborre yo de arroz con almejas, de bacalao a la vizcaína y de una serpiente de mazapán de Toledo, que está haciendo de las suyas y tratando de convertirme en otro Laoconte.

Otro día, cuando esté ya más despejado y sin serpientes que me hagan la guerra, escribiré a usted con más orden y reposo y trataré de asuntos cuando no más amenos, no tan bajos y ruines.

Adiós por hoy y crea que siempre le deseo mil felicidades, y en esta ocasión la Navidad y el año nuevo de la mayor ventura posible en estos tiempos durísimos que vamos atravesando.

Siempre del usted afmo. y buen amigo

Juan Valera

14

Madrid 7 de Abril de 1897

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi distinguido y querido amigo: Escribo a usted para darle las más encarecidas gracias por el amabilísimo y precioso artículo que ha publicado en *El Imparcial* sobre mi última novela *Genio y Figura*⁵⁹. Prescindiendo de las ala-

⁵⁹ El 27 de marzo de 1879, en *Madrid Cómico* ya le dedicó el «Palique» (Alas, 2002-2009, IX: 920-921) a *Genio y Figura* recién aparecida; señalaba que era novela que daba en pocas páginas mucha doctrina y mundología, pero que la prensa apenas había hablado del libro, a excepción de unos párrafos de Cavia en *La Correspondencia* y C. L. de Cuenca en *Heraldo*. Valera se refiere a Clarín, «Revista literaria. *Genio y Figura* por don Juan Valera», *Los Lunes de El Imparcial*. 5-IV-1897 (en Alas, 2002-2009, IX: 934-939). Su comentario se centra en Rafaela, «lozana andaluza» sobre la que escribe el vitalista don Juan. Es la historia de una *pródiga* muy diferente a la de Alarcón. Un tipo excepcional en cuyo mundo va penetrando el lector, pero sin conocerlo del todo hasta que no se llega a sus «Confidencias» en las que la mujer se pinta a sí misma. La novela, que comenzó como un juego, ahora es la historia de un alma. Clarín se pregunta: «¿Es posible una Rafaela? No es probable pero sí posible» (2002-2009, IX: 938). Lo que es menos posible es su estilo clási-

banzas que tan generosamente me da usted, y sin que la gratitud me ciegue, hallo que el artículo es tan discreto como bien escrito, y prevaliéndome de los fueros y privilegios de la ancianidad, me atrevo a decirle aquí lo que ya otras veces le he dicho: que es lástima que no acierte usted a contenerse y a dejar de atacar a los que poco o nada valen. Los que no tienen nada que perder nada pierden y usted se ve obligado, a veces, a enredarse en enojosas polémicas. No hablo solo fiado en mi propio juicio. Nuestro amigo Marcelino, con quien hablo a menudo de usted, piensa exactamente como yo pienso.

Sin acritud y castigando solo con el silencio lo que sea o lo que parezca a usted malo o menos que mediano, puede usted ejercer en España el magisterio de la crítica tan bien como hasta ahora, pero con mayor autoridad y reposo.

Ni tampoco conviene que abandone usted todas las novelas, ya que para escribirlas tiene de sobra arte e ingenio. Yo he encontrado por ahí fervorosos admiradores de usted como novelista entre las personas de quien menos lo esperaba.

Así, por ejemplo, mi amigo José Luis Albareda y la Sra. Bäuer, a los cuales oí un día un dúo de encomios para *La Regenta*⁶⁰. Con las novelas puede usted ganar muchos amigos por el estilo, pero con las críticas acerbas aunque sean justas y merecidas, solo ganará usted enemigos, y yo le deseo que los vaya perdiendo en vez de ganarlos, aunque sea solo para que le trasladen pronto a esta Universidad Central y tengamos el gusto de verle con frecuencia.

Adiós y créame su afectísimo y buen amigo

Juan Valera

15

Madrid 5 de Julio 97

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi querido amigo: Veo con gusto por su última carta del 1º del corriente que está usted bien de salud y en su retiro campestre, haciendo la descansada

co por más que con sus lecturas haya aprendido a escribir. Desde su planteamiento naturalista aunque ya atemperado, le chirriaba este contraste entre personaje y voz.

En «Revista literaria», *Las Novedades*. 8-IV-1898 comentaba que aun no la había leído, pero que sabía de buena fuente que era una novela realista, pero pasada por el tamiz estilístico de Valera. Y en «Revista Literaria», *Las Novedades*. 27-V-1897, realizó otra breve aproximación a la novela anunciando que «Valera, que no duerme sobre sus laureles, prepara otra novela, de más empeño» (En Alas, 2002-2009, IX: 991).

⁶⁰ José Luis Albareda y Sezde (Puerto de Santa María, 1828-Madrid, 1897). Periodista y político. Fue ministro de Fomento (1881-1883) y de Gobernación (1887-1888) durante la restauración. Fundó el periódico *El Contemporáneo* (1860-1865) y la *Revista de España*.

vida de nuestro Fr. Luis y del usurero Alfio. Probablemente yo seguiré en Madrid todo lo que pueda de este mes, y los de Agosto y Septiembre iré a pasarlos en Zarauz, acompañando a mi familia.

No poco me lisonjean y seducen la excitación y la invitación de usted para que yo vaya a Asturias, pero *tarde piace*. Aunque ese país sea hermosísimo ¿qué me vale a mí su hermosura si ya no puedo verla? Estoy casi ciego y solo entreveo confusamente las cosas como al través de densa nube [*sic*], que presta confusa vaguedad a sus colores, formas y contornos. Me quedaré, pues, sin ver a Asturias, hasta que renazca yo con nueva y completa vida o hasta que un hábil oculista me quite las cataratas, ya maduras, si en efecto son cataratas y no es otro mal lo que me impide ver. Yo temo que lo que me impide ver es el abatimiento general de todo mi organismo, hartado usado y abusado en los 72 años con colmo que llevo de servirme de él para todos mis gustos y menesteres. Lo único que persiste en mí, más activo que nunca es la *scribendi cacohetes*⁶¹. Sigo, por lo tanto, y seguiré escribiendo cuanto se me ocurra, con mayor asiduidad que cuando mozo, y sin descansar hasta la muerte o hasta que se me seque el meollo o se me quede tullido, como ya lo están casi los brazos y las piernas con los dolores reumáticos. Lo que no quiero desechar y lo que creo que no desecharé nunca es mi indómito optimismo. Presumo que he de ser nieto del Dr. Pangloss⁶².

Mucho me lisonjea que no halle usted mal mi último libro *A Vuela pluma*, y le agradeceré que diga al público algo sobre él con su para mí siempre acostumbrada benevolencia⁶³. Además de mi vanidad literaria, se interesa en esto mi doméstica economía. No soy rico, mis hijos son muy rumbosos, y toda ayuda de costas viene como de molde.

Al infatigable y prolífico Menéndez le veía con frecuencia en la Academia, y también en mi casa, donde solía venir de visita. Hace días que no le veo y presumo que se habrá largado a Santander sin decir oste ni moste.

Ya usted sabe que Menéndez es excepcional objeto de mi admiración. Su extraordinario saber y su clarísimo ingenio y sus pasmosas y raras prendas de escritor le ponen muy por cima de casi todo lo que se ve, se lee y se usa en esta pobre y decaída tierra de garbanzos.

Pero no quiero murmurar, renegando de mi condición y de mis creencias de optimista.

Adiós y cuente con el afecto de su buen amigo

Juan Valera

⁶¹ Debe ser *scribendi cacothetes*: «que tiene la mala costumbre de escribir» (Juvenal, *Sátira*, 7, 52).

⁶² Personaje de *Cándido*, de Voltaire. Es el tutor de Cándido durante su estancia en el castillo de Thunderten-Tronckh, en Alemania. Seguidor de Leibniz, busca las causas de todo.

⁶³ Clarín lo comentó en «Revista literaria...», *Los Lunes de El Imparcial*. 19-VII-1897 (en Alas, 2002-2009, IX: 1049-1053). Destacó el carácter individualista de Valera y su mérito, que le hacía mejor articulista cada día. Lector incansable y con lecturas bien escogidas. Sereno, documentado y siempre con comedidas observaciones. Una muestra era el elegante volumen reseñado.

16

Madrid 2 de Agosto 98

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi distinguido amigo: Aunque no está la Magdalena para tafetanes⁶⁴, aunque en las presentes angustiosas circunstancias no hay humor ni serenidad para críticas literarias, yo suplico a usted que, en alguno de sus *Paliques*, diga algo sobre la traducción de Virgilio de Don Luis Herrera y la trate benignamente. Por indicación mía remitió a usted el mencionado Don Luis un ejemplar de su obra. Claro está, pues, mi interés en que no sea desdeñado y hasta en que sea aplaudido, si no se opone mucho al aplauso el severo criterio de usted. Al menos usted reconocerá el esmero y el amor respetuosos con que ha hecho su traducción mi patrocinado.

Nada quiero decir a usted de nuestros horribles infortunios públicos que son para sentidos en resignado silencio. Dios quiera que, para que nada nos falte y para que no se complete nuestra ruina, no sobrevengan levantamientos republicanos y carlistas como epílogo de nuestras derrotas.

Consérvese usted bien de salud y no como yo, atormentado hoy de muchas dolencias, casi ciego y medio baldado por los dolores reumáticos.

De todos modos y aunque hecho una plepa soy de usted afectísimo amigo q. l. b. l. m.

Juan Valera

17

SENADO

PARTICULAR

Madrid 9 de Septbre 98

Sr. Don Leopoldo Alas.

Mi distinguido y amable amigo: Con muchísimo contento he recibido la carta de usted del 6 y la promesa que me hace de decir algo con indulgente favor acerca de la traducción, hecha por Don Luis Herrera de cinco libros de

⁶⁴ Viene a significar lo mismo que «no está el horno para bollos», es decir, sin mucho ánimo.

la Eneida⁶⁵. A pesar de la candorosa y provinciana vanidad del traductor, que se adorna con tantos títulos, el traductor no es malo, si no me engaña el afecto que le profeso.

Me parece, además, que el mejor modo de traducir al castellano los versos latinos, exámetros, es en endecasílabos libres. Prueba de ello nos da Ventura de la Vega en el primer Libro de la Eneida traducido por él. Claro está (hablando yo también en puridad, ya que hablar en puridad significa según Amador de los Ríos, hablar con sigilo), claro está, repito, que el primer Libro, traducido por Don Ventura, está mucho mejor traducido que los otros cinco⁶⁶.

Pero, en fin, no están mal los otros cinco tampoco. Y como (según otro Amador de los Ríos de los tiempos pasados, llamado Don Hermógenes)⁶⁷ no hay nada que no sea relativo, yo me atrevo a sustentar que la traducción de Don Luis Herrera es la mejor de las menos malas de todas las traducciones que del mismo texto original hay hasta ahora en verso castellano. Esta no es ya pequeña alabanza, y yo entiendo que usted puede hacerla sin ningún escrúpulo de conciencia y si quiere ser generoso, magnánimo y suave. De cierto que entonces, y a poca costa, proporcionará usted al presbítero virgiliano la más pura y beatificante alegría de cuantas por medios puramente naturales y humanos ha logrado en su vida, pues yo no pretendo que entren en este cuento de sus alegrías aquellas de que sin duda ha debido gozar por el camino de la perfección, llegando como hasta la unión con Dios del alma.

⁶⁵ Clarín cumplió su promesa y le dedicó un palique: «*La Eneida*, de Publio Virgilio Marón. Traducción en verso castellano por el ilustrísimo señor doctor Luis Herrera y Robles, presbítero, individuo de la Real Academia Española, Catedrático de Literatura, etcétera, etc.», *Madrid Cómico*. 1-X-1898 (en *Alas*, 2002-2009, X: 251-255). No dejó de mostrar su escaso gusto por las traducciones en verso libre.

Valera prologó el libro de Don Luis Herrera, lamentando que Ventura de la Vega solo hubiera traducido el comienzo; fue él quien animó a Don Luis a que prosiguiera la tarea. En Valera (1961, II: 972-976). Sobre la labor crítica y de traducción de Ventura de la Vega, véase Baasner y Acero (2007: 863-866).

Don Juan conocía con detalle la obra de Ventura de la Vega sobre quien había escrito una semblanza para la recopilación que Pedro Novo y Colson publicó en *Autores dramáticos contemporáneos y joyas del teatro español del siglo XIX* (1881). Lázaro le animó a volver sobre ella y ampliarla. El resultado fue un folleto: *Ventura de la Vega. Estudio biográfico-crítico* (Valera, 1891b). Otros detalles en L. Romero Tobar, (2003: 39-40).

⁶⁶ José Amador de los Ríos (Baena, 1818 - Sevilla, 1878). Tras su aprendizaje literario en Sevilla pasó a tener cada vez una mayor dedicación erudita a la historia literaria. Catedrático de Literatura Española en la Universidad Central trabajó intensamente en una *Historia crítica de la literatura española*. Véase la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 79-83).

⁶⁷ Don Hermógenes, personaje de *La comedia nueva*, de Leandro Fernández de Moratín. Resulta ridículo y se comprueba que está fuera de la realidad cuando se sabe que lleva su reloj parado y si se le pide la hora, dice siempre la misma. Es el causante de que el joven Eleuterio escriba para el teatro.

No extraño que *El Imparcial* no haya publicado aún la primera Revista crítico-literaria de las que usted ha escrito por excitación de Ortega Munilla⁶⁸. Desea este restablecer los antiguos *Lunes* y volver a dar tinte literario a su periódico. A mí también me ha escrito dos veces, pidiéndome trabajos, pero yo padezco, desde hace meses, la más lastimosa enfermedad mental y nada le he enviado. Por mí lo siento, mas por *El Imparcial* no me apuro. La gente solo se preocupa y apasiona por la política y lo demás le importa poco. Sobre esto tendría yo mucho que decir, pero no quiero cansarle con carta muy prolija y lo explicaré todo en cifra valiéndome de una palabra (¿) parábola. Había en mi lugar un zapaterillo remendón, que había hecho algunos ahorros. Un mal día cayó en la tentación de ir al garito, jugó los ahorros y los perdió; llamó fulleros a los que habían ganado; ofendidos estos, le sacudieron una tremenda paliza; y él, sin bríos ni medios para vengarse, volvió a su casa mal herido, derrengado, humillado y sin dinero. Lo mejor que pudo hacer en semejante caso fue, a mi ver, aguantarse, curarse, robustecerse y ver si podía ahorrar de nuevo o recobrar con el tiempo ánimo y fuerzas para tomar en todos sentidos el desquite.

Él, por desgracia, no hizo tal cosa, sino se dejó llevar de los necios consejos de varios amigos que le aconsejaban mostrarse enérgico y no caer en la atonía y en el abatimiento, y efectivamente se mostró enérgico no bien volvió a su casa, dando de mojicones a su mujer y a su madre, azotando a los chicos y no dejando títere con cabeza en toda su vivienda, hasta que acudieron los vecinos y le obligaron a reportarse y a restablecer el orden.

Algo parecido temo yo que nos ocurra si las extemporáneas energías acaban de desplegarse, si se levantan en armas carlistas y republicanos, y si nos empeñamos en armar pronunciamientos y en renovar guerras civiles, que duren aquí siete u ocho años lo menos porque son más que guerras jugar al escondite y andar a salto de mata. Ya ve si estoy de acuerdo con usted en que nos conviene tener filosofía, dedicarnos a la filosofía y encerrar en firmes arcones nuestros ardores bélicos, guardándolos allí como oro en paño para ocasión más propicia.

A mi ver, no es completamente imposible que esta nación se desbarate, si continuamos siendo tan majaderos.

Y baste por hoy para no serlo en escribir. Dios conceda a usted buena salud y excelente humor y sea conmigo no menos propicio.

Siempre de usted afectísimo amigo q. l. b. l. m.

Juan Valera

⁶⁸ José Ortega Munilla (1856-1922). Periodista y escritor español. Conocido especialmente por su trabajo en *El Imparcial*, fundado por su suegro. Potenció cuanto pudo *Los Lunes de El Imparcial*, el suplemento literario más famoso de su tiempo.

Véase, Cecilio Alonso, con la colaboración de Encarna Marín Pérez (2006). Sobre su labor como crítico literario, véase la voz correspondiente en Baasner y Acero (2007: 612-616).

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi querido amigo:

Días ha que vino a visitarme el Sr. Don Bernardo Rodríguez y me trajo la carta de usted del 16 de Abril, a la que he tardado tanto en contestar porque he estado y estoy harto mal de salud, y, a pesar de todos mis optimismos, muy melancólico y contristado⁷⁰. Dios nos ha dejado de su mano y nos ha puesto en la del mismísimo demonio. Pero ¿Qué le hemos de hacer? No hay más que imitar a Job y tener paciencia.

Tendré verdadera satisfacción en escribir para el *Madrid Cómico*. Si no he escrito ya es porque hace dos o tres meses, mi pobre ingenio está más seco que el esparto y nada se me ocurre. No acierto a ponderar a usted cuanto me aflige [*sic*] esta esterilidad. Yo no veo ya, ni paseo, ni voy casi nunca de tertulia, y apenas salgo de casa. La única señal de que vivo, que a mí mismo me doy, es dictar cuartillas y llenarlas de algo que no me parezca muy tonto. Cuando no las dicto ni las lleno, por enfermedad, por preocupación o por tristeza, se me figura que me he muerto y hasta que ya estoy sepultado. Calcule usted, pues, si me agrada escribir para el *Madrid Cómico* y para otras publicaciones.

Además diré a usted con toda franqueza que, en proporción de mis necesidades y de las de mi familia, soy pobrísimo y ando siempre apurado, de suerte que lo poco que con la literatura puedo ganar, es para mí de grandísimo auxilio.

Este año estoy más necesitado que nunca, pues he tenido y tengo enormes gastos extraordinarios a causa de la boda de mi hijo Luis, que se casará el 16 de este mes de Mayo con la marquesita de Villasinda, hija del actual Duque de Rivas y nieta del famoso autor de *Don Álvaro*.

En fin, ya haré un esfuerzo o, mejor diré, muchos esfuerzos a ver si pasa este periodo infecundo y vuelvo a escribir cuentos y otras cosas, que me diviertan y animen cuando yo los escriba y que sean para mí inspirada ayuda de costas cuando me los paguen.

Adiós. Procuremos ensanchar el pecho y tener ánimo y aliento contra tanta mala ventura. Consérvese usted bien de salud y créame siempre su affmo. y buen amigo q. l. b. l. m.

Juan Valera

⁶⁹ Aunque sin fecha, creemos que esta carta corresponde a la primavera de 1898 cuando Clarín se hizo cargo de la dirección de *Madrid Cómico* e intentó renovar la revista, ampliando sus colaboradores tanto con grandes nombres —caso de Juan Valera— como de jóvenes escritores.

⁷⁰ Bernardo Rodríguez, editor madrileño, propietario en ese momento de *Madrid Cómico*, tras comprarle la cabecera a Sinesio Delgado. Sobre la relación de Clarín con esta revista, véase, Jean François Botrel (1987).

19

Madrid 11 de Julio 99

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi distinguido y querido amigo: Dentro de cuatro o cinco días saldrá a la luz una novela, algo extraña, cuyo título es *Morsamor*: novela que acabo de escribir y que he ido imprimiendo según la iba escribiendo. No bien haya ejemplares, enviaré a usted uno por el correo, en paquete certificado. Me adelanto a anunciarle dicho envío para rogarle que lea mi obra con alguna atención, trate de ella en sus críticas o Paliques, y me juzgue con la benigna indulgencia de siempre.

Mucho le agradecerá su afectísimo amigo q. l. b. l. m.

Juan Valera

20

**SENADO
PARTICULAR**

Madrid 30 de Julio 99

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi muy querido amigo: Con mucho contento recibí ayer la amable carta de usted del 25 y con no menor contento y satisfacción de amor propio leí, pocos días antes, el *Palique* de la *Vida Literaria*, las generosas alabanzas que a mi *Morsamor* prodiga⁷¹.

Dios se las pague a usted si yo no puedo pagárselas sino con gratitud estéril. Como quiera que sea, mi gratitud no ha de faltarle.

⁷¹ Clarín, «Palique», *La Vida Literaria*. 29, 27-VII-1899 (en Alas, 2002-2009, X: 457-459). Le parece una maravilla, una obra de pura fantasía, de «vaga y amena literatura, sin pretensiones metafísicas ni siquiera regeneradoras, y mucho menos *hidráulicas*; pero, así y todo, enseña más, y siempre deleitando, por supuesto que la mayor parte de libros de texto, que sirven para hacer antipática la metafísica, y toda general filosofía, a nuestros pobres estudiantes» (Alas, 2002-2009, X: 458).

Tras algunos breves comentarios con la promesa de escribir por extenso de la novela, no deja de elogiar al autor: «¡Parece mentira que a la edad que tiene esté tan *fresco* de fantasía, voluntad y habilidad artística el señor don Juan... Fresco!

Dios nos lo conserve, porque me fío mucho más de él que de los *ácratas* sociales, políticos y literarios que nos van saliendo» (Alas, 2002-2009, X: 459).

No me toca a mí decidir si el espíritu de usted, que es apasionado y vehemente, me celebra mucho más de lo justo por simpatía y por semejanza de aficiones, así como tal vez censura otras cosas con sobrada acritud, movido de pasión contraria.

Pero prescindiendo de los seres vivos, alabados o censurados por usted yo estoy conforme con las doctrinas críticas por cuya virtud dicta usted sus juicios, y creo que me parezco a usted o que usted se me parece en la buena fe, en la carencia de envidia y en la sinceridad aunque ambos amamos la ciencia, la poesía y el arte en general y muy singularmente la cultura española.

Yo doy por cierto que si dependiese de nosotros, habría hoy en España más y mejores poetas que en el resto del mundo, filósofos más profundos y sutiles que en Alemania desde Kant hasta Hegel, y más ingeniosos inventos de artificios y maquinarias que en los Estados Unidos.

Solo en el procedimiento nos diferenciamos usted y yo, sin que me atreva yo a decidir cual es el mejor remedio. Gusta usted de emplear el conestico y yo prefiero las cataplasmas anodinas. Acaso convengan cataplasmas y conesticos alternativamente aplicados. Si los españoles tuviésemos calma, juicio, resignación y paciencia, no sería difícil de lograr la regeneración de que tanto se habla. Hasta con un gobierno menos que mediano se lograría, con tal de que no hubiese pronunciamientos ni guerras civiles y viviésemos en paz quince o veinte años siquiera, sin marina, con poquísimos soldados y sin que el gobierno se metiera en hacer fortificaciones, ni nada, ni siquiera canales de riego. Ya los harían los particulares si no los abrumaban con los tributos. Y si aquí no había dinero para hacerlos y si había paz y el consiguiente crédito el dinero vendría de tierras extrañas, para mejorarlo aquí todo.

Cada día me siento peor de las piernas y de la vista, pero el estómago y la cabeza no funcionan mal y esto me consuela. Apenas salgo de casa; no he puesto los pies en el Senado desde que se abrieron las cortes. Posible es, por consiguiente, que este mi forzoso retraimiento me valga para terminar otra novela que hace tiempo tengo empezada y cuyo título es *Elisa la Malagueña*. La benevolencia con que usted y otros buenos amigos acogen mi *Morsamor* me anima y estimula a sacar a luz, tal vez antes de que termine el presente año, a la mencionada Elisa, que no es contemporánea nuestra, sino que vivió y floreció en el tercer siglo de la Era cristiana.

Consérvese usted bien de salud; sin dejar de escribir artículos para los periódicos, escriba libros también, y créame su afectísimo y agradecido amigo q. l. b. l. m.

Juan Valera

21

**SENADO
PARTICULAR**

Madrid 31 de Octubre 99

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi querido amigo: Acabo de recibir la amable carta de usted del día 29 reiterándome sus ruegos para que yo escriba algo destinado a *Madrid Cómico*. ¿Qué he de contestar yo a esto sino lo de siempre? Mi deseo de escribir para *Madrid Cómico* y de complacer a usted no puede ser mayor, pero el hombre pone y las musas disponen. Y mi musa, suponiendo que hay también musas para la prosa y que yo tengo la mía, es la más voluntariosa y desmandada de todas las musas, y no me acude cuando la llamo sino cuando a ella se le antoja. En el día de hoy, al verme ciego, lleno de achaques, con dolores reumáticos, amodorrado a veces durante el día, desvelado por la noche, melancólico y abatido, mi musa, que es optimista y alegre y no gusta de quejas ni de lamentaciones, huye de mí como si yo estuviese [*sic*] apestado. Tal es la causa de que nada haya escrito yo hasta ahora para *Madrid Cómico*⁷².

Aseguro a usted que me desespera no poder escribir. Y esto no solo porque deo de cumplir multitud de compromisos y promesas, sino también porque no gano nada, y como disto mucho de ser rico me importa en extremo, aunque sea poco, lo que puede producirme la literatura. En fin, yo haré un esfuerzo a ver si logro la satisfacción de enviar al *Madrid Cómico*, un artículo por lo menos que sea a propósito y que no sea muy soso.

Mucho agradezco a usted las generosas alabanzas que dio a *Morsamor* en *El Imparcial* y en *Madrid Cómico*⁷³.

Me dice usted que en *El Español* habló en dos artículos de la citada novela.⁷⁴ Sin duda sería esto mientras que estube [*sic*] yo veraneando durante dos meses en el Real Sitio de San Ildefonso, donde *El Español*, que en Madrid recibo, no llegaba a mis manos. Como quiera que sea, yo no he leído esos artículos. Ahora los buscaré para que me los lean.

Con verdadero placer he leído la novelita cuyo título es *Las dos cajas*, a

⁷² El 7 de octubre de 1899, Clarín se refería en *Madrid Cómico* a la promesa de Valera de colaborar en la revista: «Valera, nada menos que el gran Valera, me prometió a mí en carta que canta, escribir para *Madrid Cómico*».

⁷³ Clarín, «Revista literaria. *Morsamor*, por Valera», *Los Lunes de El Imparcial*. 7-VIII-1899 (en Alas, 2002-2009, X: 467-471). También, «Revista literaria. *Morsamor*, por Valera», *Las Novedades*. 31-VIII-1899.

⁷⁴ Clarín, «Miguel de Zuheros y los perros de Mahudes», *El Español*. 246, 21-VIII-1899 (en Alas, 2002-2009, X: 483-489).

pesar de la tristeza del asunto y de cierta filosofía pesimista que hay en toda la obra; filosofía pesimista de la que yo desde hace muchos años, hago grandes esfuerzos por no dejarme cautivar⁷⁵. Como quiera que ello sea, los amores de la mujer del artista y del oficial admirador del artista están muy bien observados y mejor representados en la novelita que usted ha escrito. Claro está que yo celebraría más y aplaudiría en usted la narración de sucesos, que por trágicos y terribles que fuesen estuvieran informados y como iluminados por luz más serena, por altas esperanzas, por resplandores de aurora, por algo en suma que no acierto a explicar aquí ni es menester, porque usted me entiende de sobra. Lo que sí diré es que, en el carácter del músico de la novela hay no poco de enfermizo y de contrahecho, que, ya que no justifique, atenúa la falta de su mujer, a quien él había de tener ya archiaburrada, a pesar de todo el talento musical que en él reconocía y admiraba.

Soy de usted siempre afectísimo amigo y s. s. l. b. l. m.

Juan Valera

22

SENADO PARTICULAR

Madrid 17 de Febrero de 1.900

Sr. Don Leopoldo Alas

Mi querido y benévolo amigo: Ayer recibí la carta de usted del 14, lisonjeándome mucho mis elogios que hace en ella de mi traducción de *Dafnis y Cloe*⁷⁶. Esta ha salido ahora con mi nombre en vez de la anónima indicación de un Aprendiz de helenista, porque era el secreto a voces que yo era el apren-

⁷⁵ Publicada por primera en el *Almanaque de «La Ilustración» para el año de 1884* (1883), con el subtítulo de «novela». Fue recogida en el volumen *Pipá* (1886). En 1899 volvió a ser editada en un tomito independiente en la Biblioteca Mignon de Madrid, rescatándose el primer subtítulo: Clarín, *Las dos cajas*, novela. Don Juan se refiere a esta última edición. Véase Lozano Marco (2000: nota 11).

⁷⁶ *Dafnis y Cloe o Las pastorales* de Longo, traducción directa del griego por Juan Valera, 1899.

Clarín la mencionó públicamente en su revista literaria de *Los Lunes de El Imparcial* el 19 de febrero de 1900, indicando que se ocuparía de ella (en Alas, 2002-2009, X: 635). Le dedica el «Paliq» de *Madrid Cómico*. 24-II-1900 (Alas, 2002-2009, X: 636-638). En la «Revista literaria» de *Los Lunes de El Imparcial*. 26-III-1900 vuelve a referirse a él (Alas, 2002-2009, X: 667).

diz y porque Fernando Fe exigió que yo pusiese mi nombre para comprar la edición como me la ha comprado.

Me alegro de que publique usted, siendo editor el mismo Fernando Fe nueva edición de *La Regenta*, y más aún me alegra de que, en aparcería con el Sr. Serra, tenga usted el proyecto de publicar en tomitos algunas obras suyas, antiguas y modernas, singularmente las de filosofía. De todo ello daré yo cuenta con gusto y francamente, aunque no muy por extenso, en cualquiera de las cartas o artículos que escribo y envío cada mes a *La Nación* de Buenos Aires.

Cada día estoy más ciego, más quebrantado de salud y más sin humor para todo; pero mi *scribendi cacoetes* no me abandona⁷⁷. No escribo más por pereza, pero en mi mente y de un modo hartamente informe y confuso, tengo compuestos diez o doce temas, unos de cuentos, otros de novelas, y otros también de filosofía algo mística y enrevesada, que probablemente se quedarán no solo inéditos, sino invisibles e intangibles, para que yo me los lleve sin dificultad a las regiones etéreas, cuando a ellas me vaya, que tal vez sea pronto, aunque no lo deseo.

Nada se me ocurre que decir a usted hoy sobre si la crítica debe ser o no ser encomiástica o severa. Lo que es yo, acaso por dulzura o por debilidad de carácter, me inclino al encomio. Hay, no obstante, cierta consideración que me infunde a veces el deseo de soltar el incensario y de tomar el látigo. Es la consideración que en España y en todos los pueblos hispano-parlantes, se escribe ya muchísimo más que se lee. Para cada lector hay media docena de escritores. Apenas tenemos público. Nosotros mismos nos escribimos y nos leemos. Y esto tiene poco chiste.

Prolijo sería poner aquí todo cuanto sobre este particular se me ocurre. Puesto está todo en uno de esos libros inéditos, invisibles e intangibles de que yo le he hablado.

Adiós por hoy y mande a su afectísimo y buen amigo

Juan Valera

⁷⁷ Debe ser *scribendi cacoethes*: «que tiene la mala costumbre de escribir». Clarín se hizo eco del uso de la expresión por el maestro en su «Paliq» (*La Correspondencia de España*. 11-IX-1900, en Alas, 2002-2009, X: 873-877) para defender su derecho a escribir cuanto quisiera, ya que era una de las personas de verdadera valía en España, mientras que otros no lo eran tanto y se permitían desacreditarle. Le sirvió, además, para reflexionar sobre su sobreabundancia de escritos periodísticos.

Su respeto por Valera era enorme y lo vuelve a demostrar en su «Paliq» (*Madrid Cómico*. 27-X-1900) cuando se le pide que opine sobre la novela *¿Quo Vadis?* Y que Valera ha remitido a la opinión que él dé (en Alas, 2002-2009, X: 903).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abascal Palazón, Juan Manuel (1999). *Fidel Fita. Su legado documental en la Real Academia de la Historia*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Alas, Leopoldo (1883): «Las dos cajas. Novela», en *Almanaque de «La Ilustración» para el año de 1884*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneira, 1883, pp. 136-144.
- Alas, Leopoldo (1886). *Pipá*. Madrid: Librería de Fernando Fe.
- Alas, Leopoldo (1892). *Doña Berta. Cuervo. Superchería*. Madrid: Fernando Fe.
- Alas, Leopoldo (1896). *Cuentos morales*. Madrid: Imprenta La España Editorial.
- Alas, Leopoldo (1899). «Revista literaria. *Morsamor*, por Valera», *Las Novedades*. 31 de agosto.
- Alas, Leopoldo (2002-2009): *Obras completas*. Yvan Lissorgues y Jean-François Botrel (ed.). Oviedo: Ediciones Nobel, 2002-2009, 12 vols.
- Alonso, Cecilio (2006). *Índices de Los Lunes de El Imparcial (1874-1938)*. Madrid: Biblioteca Nacional-Ministerio de Cultura, 2006, 2 vols.
- Ariza, Manuel (1988). «Notas sobre la lengua de Juan Valera», *Actas del Primer Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, II*. Madrid: Arco Libros, pp. 1065-1076.
- Autores dramáticos contemporáneos y joyas del teatro español del siglo XIX* (1881). [Madrid: Impr. de Fortanet], 2 vols.
- Baasner, Frank y Francisco Acero Yuste (dir.) (2007). *Doscientos críticos literarios en la España del siglo XIX*. Madrid: CSIC.
- Baig Baños, Aurelio (1928). «Cinco andaluces en Madrid», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*. V, pp. 188-197.
- Bermejo Marcos, Manuel (1968). *Don Juan Valera, crítico literario*. Madrid: Gredos.
- Blanco García, Francisco (1891-1894). *La literatura española del siglo XIX*. Madrid: Sáenz de Jubera, 3 vols.
- Botrel, Jean-François (1970). «Sur la condition de l'écrivain en Espagne dans la seconde moitié du XIXe siècle. Valera et l'argent», *Bulletin Hispanique*. LXXII, pp. 292-310.
- Botrel, Jean-François (1987). «Clarín en el *Madrid Cómico*. Historia de una colaboración (1883-1901)», en *Clarín y La Regenta en su tiempo. Actas del Simposio Internacional de Oviedo*. Oviedo: Universidad, pp. 3-24.
- Botrel, Jean-François (1994). «Antonio de Valbuena et la langue espagnole: critique et demagogie», *Bulletin Hispanique*. 96-2, pp. 485-496.
- Campillo, F. Guerrero (1964). «Vida y obras de Narciso Campillo», *Revista de Literatura*. XXV, pp. 69-106.
- Chevalier, Maxime (1974-1975). «Juan Valera folklorista: cuentos y chascarrillos andaluces», *Revista Hispánica Moderna*. 38, pp. 167-173.
- Cuentos y chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo, seleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano* (1896). Madrid: Librería de Fernando Fe.
- Dozy, R. y W. H. Engelmann (1869). *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*. Seconde édition revue et très considérablement augmentée. Leyde: E. J. Brill.
- Esquer Torres, Ramón (1962). «Las luchas del siglo XIX: el padre Blanco García y Leopoldo Alas Clarín», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*. 38, pp. 241-255.
- García Castañeda, Salvador (1979). *Miguel de los Santos Álvarez (1818-1892). Romanticismo y poesía*. Madrid: SGEL.
- García Pérez, Domingo (1890). *Catálogo razonado, biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano...* Madrid: Imprenta del Colegio Nacional de sordo-mudos y de ciegos.

- Lissorgues, Yvan (2007), *Leopoldo Alas Clarín en sus palabras (1852-1901)*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Longo: *Dafnis y Cloe o Las pastorales* de Longo. Juan Valera (trad.). 1899.
- Lozano Marco, Miguel Ángel (2000). *El relato «Las dos cajas» en la obra narrativa de «Clarín»* [en línea]. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-relato-las-dos-cajas-en-la-obra-narrativa-de-clarin-0/html/ff855a06-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_1_ [ref. de 19 febrero 2015]
- Mañas Martínez, Juan (1983). *Eduardo Saavedra, ingeniero y humanista*. Julio Caro Baroja (prol.). Madrid: Turner-Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.
- Martínez Cachero, José María (1959). «Biografía del poeta Emilio Ferrari», *Archivum*. IX, 1959, pp. 95-153.
- Martínez Cachero, José María (1960). «Biografía del poeta Emilio Ferrari», *Archivum*. X, pp. 137-228.
- Martínez Cachero, José María (1983). «El crítico Clarín a través de sus comentarios al poeta Emilio Ferrari», en *Homenaje a José Manuel Blecua*. Madrid: Gredos, pp. 433-442.
- Martínez Cachero, José María (2001). «Bibliografía comentada «de» y «sobre» Adelardo López de Ayala», *Revista de Literatura*. 63, 125, pp. 209-232.
- Martínez Cachero, José María (2001). «Odiado Clarín: el libelo *Pan de compadres...*», *Ínsula*. 659, pp. 20-21.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1893-1895). *Antología de poetas hispano-americanos*. Madrid: Real Academia Española, 4 vols.
- Meregalli, Franco (1948). «Valera y Leopardi», *Revista de la Universidad de Oviedo*. IX, pp. 3-22.
- Muñiz Muñiz, María de las Nieves (1996). «L'Antología de poetas líricos italianos di Estelrich nell'epistolario di Menéndez Pelayo (Per una storia delle traduzioni della letteratura italiana in Spagna)», *Anuari di Filologia*. Secció G, 19, nº 7, pp. 95-110.
- Ortega, Soledad (1962). *Cartas a Galdós*. Madrid: Revista de Occidente.
- Rodríguez-Moñino, Antonio (2001). «Clarín» y Lázaro. *Noticia de unas relaciones literarias (1889-1896)*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano / Ollero y Ramos.
- Romero Tobar, Leonardo (2003). *Valera y Lázaro. Firma imprescindible en La España Moderna (1889-1902)*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano / Ollero y Ramos.
- Romero Tobar, Leonardo (2009). «Relación bibliográfica de reseñas y críticas de Teresa, la pieza teatral de Clarín», en *En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo*. Madrid: CSIC, pp. 945-950.
- Rute, María Leticia de, Princesa Rattazzi (1889): «Apuntes para mis memorias», *La España Moderna*. 4, pp. 5-18.
- Sánchez Calvo, Estanislao (1997). *Filosofía de lo maravilloso positivo*. Manuel Asur y César García de Castro Valdés (prol.). Gijón: Llibros del Pexe. Colección Sui generis nº 5.
- Sotelo, Adolfo (2001). «Clarín en *Las Novedades* de Nueva York (1894-1897): las letras americanas», en *Perfiles de Clarín*. Barcelona: Ariel, pp. 143-165.
- Tejerina, Belén (1998), «El leopardismo de José Alcalá Galiano y Fernández de las Peñas, Conde de Torrijos», en *Relaciones culturales entre Italia y España: Leopardi y España* [edición digital]. Ángel L. Prieto de Paula y J. A. Ríos (ed.). Madrid: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp. 81-95.
- Valera, Juan (1891a): *Currita Albornoza al padre Coloma*. Madrid: Sáenz Jubera Hermanos. (Fuera de colección) catálogo de *La España Moderna*, nº 179.
- Valera, Juan [1891b]: *Ventura de la Vega. Estudio biográfico-crítico*. Madrid: Sáenz de Jubera Hermanos, 61 pp.
- Valera, Juan (1961): *Obras completas*. Madrid: Aguilar, VIII vols.
- Valera, Juan (2002-2010). *Correspondencia*. Leonardo Romero Tobar (dir.), Enrique Serrano Asenjo y María Ángeles Ezama. Madrid: Castalia, 8 vols.

Zamora Vicente, Alonso (1999). *Historia de la Real Academia Española*. Madrid: Espasa, pp. 517-520.

Fecha de recepción: 2 de noviembre 2012.

Fecha de aceptación: 25 de junio de 2013.